

**N**otas del mes

**¿Y ahora qué?**

Por José Luis Gordillo

**Ni 155 ni DUI. ¿Y después?**

Por Albert Recio Andreu

**Exigencias para una sociedad que se quiera democrática**

Por Antonio Madrid Pérez

**Incendios forestales en Galicia: un problema político estructural**

Por David Rodríguez

**Hipótesis de un futuro nuclear: 1**

Por Miguel Muñiz

**El instante decisivo**

Por Pablo Massachs

**¡Ay de la necesidad de héroes!**

Por Antonio Madrid Pérez

**E**nsayo

**La Revolución de 1917 y la alternativa al capitalismo: un comentario**

Albert Recio Andreu

**Pasado y presente de la Revolución Rusa**

Giaime Pala

**I, Me, Mine**

José María Camblor

**E**l extremista discreto

**El esperpento de nunca acabar**

El Lobo Feroz

**Consignas asesinas: patriotas o hinchas**

Cantaclaro

**L**a Biblioteca de Babel

**Los pacientes del doctor García**

Almudena Grandes

**Los refugios de la memoria**

José Luis Cancho

**E**n la pantalla  
**Che Guevara muerto**  
*John Berger*

**D**e otras fuentes  
**Por un derecho consensuado de libre determinación en una España federal**  
*Juan-Ramón Capella*  
**Un momento hobbesiano**  
*Manuel Atienza*  
**Catalunya será otro mazazo electoral para Unidos Podemos**  
*Eberhard Grosske*

**José Luis Gordillo**

Con la proclamación de la república catalana, el 27 de octubre, culmina el ciclo político iniciado el 11 de septiembre de 2012. Dicha declaración fue recibida con caras de felicidad y lágrimas de emoción por las miles de personas congregadas ante el Parlament o en la plaça de Sant Jaume de Barcelona. Mientras las multitudes reían, lloraban y bailaban de gozo y satisfacción, los *consellers* del Govern de la Generalitat recién "independizada" tomaban la decisión de aparcar los veintisiete decretos con los que, entre otras cosas, pretendían expedir el DNI catalán, regular la adquisición de la nacionalidad catalana o controlar el territorio catalán. Al parecer (*El Confidencial*, 28-10-2017)<sup>4</sup>; los *consellers* también tomaron la decisión de entregar sin resistencia, más allá de gestos y declaraciones de cara a la galería, las llaves de la Generalitat a la autoridad que les sustituya, que no será otra que el presidente del Gobierno español. Teniendo en cuenta que eso se hubiera podido evitar si Puigdemont hubiera convocado elecciones autonómicas, tenemos todo el derecho del mundo a gritar a pleno pulmón: "¡iCatalanes, si no queráis PP, tomad dos tazas, y dadles las gracias a todos los que lo han hecho posible!!".

La gran paradoja es que Catalunya *de facto* está más lejos hoy de llegar a ser un Estado independiente que en 2012, y resulta que de esta situación son corresponsables los partidos independentistas por su apuesta por las vías de hecho y las políticas del "cuanto peor mejor". No se trata sólo de que nadie ha reconocido la independencia de Catalunya, o que internamente sólo la apoya una amplia pero ruidosa minoría, o que la Generalitat no controle sus fronteras, puertos o aeropuertos, o que no disponga de una hacienda, poder judicial, seguridad social o catastro propios (objetivos todos ellos señalados en la llamada Ley de Transitoriedad Jurídica aprobada por el Parlament el 7 de septiembre pasado), sino que tampoco controla ya la financiación de la Generalitat o el cuerpo de los Mossos d'Esquadra, algo que sí podía hacer antes de la ruptura con la legalidad vigente decidida por JxSí y la CUP y la previsible respuesta a la misma en forma de aplicación del artículo 155 de la CE. Con la aplicación de dicho artículo, el *president* de la Generalitat ha perdido incluso una de sus más importantes prerrogativas, a saber: la potestad de convocar elecciones autonómicas anticipadas. Eso es lo que hizo pocas horas después Rajoy, demostrando así que ser el secretario general de uno de los partidos más corruptos de España (el otro es Convergència i Unió, hoy Partit Democràta Europeu Català) no está reñido con la inteligencia política.

¿Adónde ha ido a parar, pues, la tan soñada y anhelada independencia tras haber sido solemnemente declarada en sede parlamentaria? Ha ido a parar al mismo lugar donde se encuentra la Ínsula Barataria de Sancho Panza: a la imaginación enfervorizada de miles de personas. Por supuesto, no cabe despreciar el poder simbólico de esa república imaginaria (no deseada, por cierto, por el 71% de los catalanes; véase la encuesta publicada en *El País*, 20-10-2017), ni su potencial movilizador.

Ignacio Escolar ("El martirio", *Eldiario.es*, 27-10-2017) ha explicado que en una conversación privada con un diputado independentista en septiembre pasado, éste le reconoció que la independencia efectiva seguía siendo un objetivo difícilmente realizable, pero que ellos habían decidido convertirse en mártires de esa causa, mediante la aprobación de las llamadas leyes de desconexión, para que fuera posible un avance real hacia la independencia en un futuro lejano. Está pues en las previsiones de las autoridades independentistas ser procesadas y encarceladas con la esperanza de que su sacrificio sea un estímulo para la movilización en las calles y un ejemplo para las generaciones futuras. Con ello esperan, no alcanzar la independencia efectiva de Catalunya en los próximos dos o tres años, sino que esa cuestión siga siendo el eje central de la agenda política catalana en las próximas dos o tres décadas.

En lo inmediato, el minoritario sindicato CSC (Confederació Sindical Catalana) ha lanzado una convocatoria de huelga política entre el 30 de octubre y el 9 de noviembre —11 días de huelga general continuada, lo nunca visto— para defender la república proclamada. Dudo que la mayoría de la gente llegue a tener siquiera conocimiento de dicha convocatoria; no obstante, vale la pena hacer una breve reflexión al respecto. En sus inicios, las huelgas las convocaban los trabajadores para, entre otras cosas, perjudicar la cuenta de beneficios de sus patrones. ¿A quién perjudicaría esa hipotética huelga convocada por CSC? Pues a todos los catalanes de forma *transversal*, por utilizar esa expresión que tanto gusta a los independentistas, esto es, a los empresarios y a los trabajadores a la vez, ya que se trata de una huelga que, como la que seguramente se convocará si Puigdemont, Junqueras y compañía son detenidos y encarcelados, no se va a hacer para alcanzar mejoras en las condiciones de trabajo de los asalariados, sino para impulsar una supuesta revolución "nacional", ni de derechas ni de izquierdas, que pretende romper los vínculos de solidaridad entre los trabajadores de toda España, los sindicatos de clase de ámbito español o la caja común de la seguridad social, de la que dependen las pensiones y los subsidios de desempleo de todos.

Por otra parte, hay propuestas para continuar por las vías de hecho, con profundo desprecio a los procedimientos más básicos de la democracia, como es la creación de una nueva institución de representación compuesta por los

alcaldes y concejales independentistas, la cual sería la encargada de aplicar las medidas señaladas en la declaración de independencia.<sup>4</sup> Con ello nos podemos encontrar en un par de meses con una Catalunya donde haya dos pueblos, dos gobiernos, dos parlamentos y dos legalidades, la mejor receta para provocar depresión económica y colapso social.

Hay quien piensa que la proclamación de la república catalana acelerará la crisis del régimen del 78, que será la chispa que encenderá por toda España la rebelión contra las élites extractivas que han hecho pagar a los trabajadores la crisis de 2007-2008. Piadosos deseos. El asunto de Catalunya es visto en todas partes, en España y en Europa, como el típico problema planteado por los habitantes de las zonas ricas que no quieren pagar impuestos para sufragar las necesidades de los habitantes de las zonas pobres. Seguro que se lo han explicado mal (¿seguro?), seguro que están todos muy manipulados, pero a partir de esa percepción difícilmente se va a solidarizar nadie con los catalanes que empezaron a manifestarse por la independencia en 2012 al grito de "¡España nos roba!" para, a continuación, convocar un congreso de historiadores titulado "Espanya contra Catalunya". Calificar de ladrones o de opresores a todos los españoles no parece la forma más inteligente de hacer amigos más allá del Ebro. En todo caso, todo el mundo debería tener claro que los independentistas catalanes no persiguen echar al PP del gobierno, tampoco pretenden participar en un proceso constituyente en España, ni les interesa regenerar democráticamente el sistema del 78. A los independentistas catalanes únicamente les interesa la independencia de Catalunya. Nunca querrán acompañar sus movilizaciones a las de otras zonas de España, nunca querrán coordinarse con quienes las impulsan, ni establecer un programa de acciones conjuntas. Del resto de España sólo esperan apoyo gratuito y desinteresado para su autodeterminación sin aceptar ninguna clase de compromisos recíprocos.

El bloque independentista está formado por ERC, PDeCAT y la CUP, así como por sectores minoritarios del espacio de los comunes: Revolta Global, POR, indepes de ICV y algunos diputados o concejales que van por libre haciendo abstracción del no independentismo de la inmensa mayoría de sus votantes. La CUP y los indepes de los comunes se declaran anticapitalistas, pero las políticas favorables a las necesidades de los de abajo se dejan para después de hacer efectiva la independencia de Catalunya, dado el carácter tremendamente revolucionario, según ellos, de este objetivo. Eso significa que se van a ocupar de los catalanes desfavorecidos (de los españoles en el umbral de la pobreza no quieren saber nada, salvo que sean de los *països catalans*) después de después de que se inicie un proceso constituyente, después de después de que se redacte una Constitución, después de después de que el nuevo Estado sea reconocido por todos los estados del mundo, después de después de que se tenga un control efectivo del territorio,

después de después de que hayamos sido aceptados en la Unión Europea (ese lugar tan favorable a los intereses de los trabajadores), la OTAN, la OCDE, la ONU, el FMI, el BM, después de después de que hayamos pagado la deuda heredada del Estado español, etcétera, etcétera. Los asalariados catalanes de rentas bajas pueden esperar sentados, pues la cosa va para largo.

El 15-M liberó en toda España una energías de cambio y transformación que ha permitido los avances políticos de los últimos años. En Catalunya, sin embargo, esa energía fue habilmente redirigida hacia el imposible objetivo de la "independencia". Y aquí estamos, teniendo que decidir a qué bando tenemos que apoyar: al bloque "constitucionalista" o al bloque independentista.

Bien es cierto que la convocatoria de elecciones autonómicas para el próximo 21 de diciembre obliga a todo el mundo a tomar posición. Los partidos disponen solamente de diez días para presentar candidaturas. Deben darse prisa. La CUP, de momento, parece decidida a no participar. No se puede más que mostrar admiración por su coherencia y animarles a que no desfallezcan. Albano Dante, de Podem Catalunya, afirma querer seguir el mismo camino. Adelante, pues. Y por lo que se refiere a los indepes del espacio de los comunes, ya es hora de que alguien les explique que entre la independencia imaginaria y la no independencia real, no hay nada. Ante nosotros sólo hay dos líneas a seguir: continuar a remolque de los partidarios del "nosaltres sols" y su interminable *procés* hacia la independencia dentro de unas cuantas décadas, o estrechar vínculos con la España antifascista y anti-PP favorable a una regeneración democrática del sistema político vigente. En el medio de esa disyuntiva tampoco hay nada.

29/10/2017

## Ni 155 ni DUI. ¿Y después?

**Albert Recio Andreu**

### I

Catalunya ha vivido estas últimas semanas en una montaña rusa de la que se podría haber salido muy mal. Si lo ocurrido lo hubieran escrito guionistas profesionales — giros cada vez más inesperados a medida que nos acercábamos a la fase del desenlace—, con toda seguridad serían candidatos a cualquier premio al que se presentaran. Todo el mundo con preocupaciones políticas ha estado al tanto de las idas y venidas, y por tanto no vale la pena hacer la crónica. Me limitaré a los aspectos estructurales.

En primer lugar, se ha demostrado que, como pulso al Estado, el independentismo ha jugado de farol y que la pretendida hoja de ruta no tenía otro fin que la declaración retórica de la DUI. A mí ha sido siempre lo que más me ha indignado del *procés*: que se haya organizado una enorme movilización social con una insistente propaganda sobre la posibilidad de conseguir la independencia y el carácter indoloro (más bien beneficioso) de esta, cuando era bastante evidente para cualquiera con conocimientos de política internacional que era prácticamente imposible conseguir apoyos externos que ablandaran la posición del Estado español. Y que era bastante probable que la ruptura tuviera, al menos durante años, unos costes elevados. Además, todo ello dicho por unas fuerzas que en ningún momento han conseguido el apoyo electoral de la mayoría de la población (aunque en esto los dos bandos han jugado al mismo juego, contando el voto de CSQP como apoyo u oposición al independentismo según le convenía a cada uno). Al final se ha constatado lo evidente, que no había fuerza ni apoyos para hacer frente al garrote del Gobierno. Lo sucedido tras la proclamación de la DUI (poco épica, por cierto) pasará a los libros de historia de lo que no debe hacer alguien que quiere imponer un cambio radical. Llamar a la resistencia sin propuestas concretas es una irresponsabilidad, cuando no una verdadera declaración de que uno no se cree lo que propone. Los independentistas habrían tenido posibilidades de salir mucho más airosos si, por ejemplo, hubieran convocado elecciones la noche del 1-O, cuando habían conseguido obtener una enorme movilización popular frente a la dura intervención policial. Podrían haber argumentado que iban a demostrar en unas nuevas elecciones que sí representan a la mayoría de la población (visto el clima de aquellos primeros días, hubieran tenido alguna posibilidad). Y volvieron a tener otra oportunidad el 26-O generando un amplio bloque ante el artículo 155 en Catalunya. Pero prefirieron ir hasta el final y acabar derrotados sin una resistencia digna de tal nombre. Este es el nivel.

En segundo lugar, la derecha ha impuesto finalmente el artículo 155, en gran medida gracias a la torpeza de su rival. Hay que reconocer que la forma en que se ha planteado, como unas elecciones en menos de dos meses y el restablecimiento de la autonomía, nos ha sorprendido a casi todos. Hay que reconocer que el bloque “constitucional” ha sido más hábil por dos razones: a) a los ojos de muchas personas de toda España (incluidos los votantes no independentistas de Catalunya) da una imagen de comedimiento frente al “radicalismo” de sus oponentes, y b) evita entrar en una guerra sin cuartel con una “toma” de instituciones (por ejemplo, TV3) que daría lugar a una verdadera sensación de ocupación y que podría propiciar situaciones parecidas al 1-O. Es difícil saber por qué se ha optado por esta alternativa, pero muestra que menospreciar la inteligencia del enemigo es lo más estúpido que se puede hacer. Hay dos factores que considero que probablemente hayan podido pesar (más allá de lo que pueda haber influido el PSOE, que podía tener problemas con sus alcaldes catalanes, o de la mediación de Urkullu, un socio esencial para que el PP pueda aprobar los presupuestos). Uno es que el Gobierno quizá sea consciente de lo difícil y peligroso que puede ser tratar de regir la sociedad catalana directamente desde Madrid, o mediante un virrey impuesto. El otro es que el desconcierto que la situación puede causar en las filas independentistas pueda traducirse en un bajón electoral (sobre todo vía abstención) que redunde en un reequilibrio de fuerzas.

En todo caso, el 155 muestra sus graves peligros. En primer lugar porque, como resulta patente, lo que de facto supone es dejar vía libre al Gobierno central para que intervenga como quiera en una autonomía. Aunque, de momento, la aplicación no es muy drástica, puede empeorar según se presenten las circunstancias o, en otra ocasión, no se hayan producido las mismas dinámicas atenuantes. Y, lo que es aún peor, la aplicación del 155 viene acompañada de una intervención en la esfera judicial (bajo la dirección del reprobado fiscal general del Estado) que parece más orientada a la venganza que a la búsqueda de una salida decente de la situación. Es cierto que los independentistas han exagerado el grado de represión que han sufrido y que ello ha indignado a toda la gente de izquierdas que padeció la represión franquista y los estados de excepción. Pero no reconocer la naturaleza de presos políticos de los Jordis, cuando es evidente que se ha manipulado el proceso judicial (y posiblemente la tipificación de los presuntos delitos) para que la causa recaiga en el tribunal adecuado, me parece que es negar una evidencia.

## II

La izquierda no sale indemne de esta historia, aunque no ha sido la actriz principal y a menudo ha buscado reconducir el conflicto. Sí que ha habido un



amplio sector radical que se ha dejado atraer por la magnitud de las movilizaciones independentistas, aunque a mi juicio nunca han entendido las fuerzas sociales que volvían más denso el proceso ni han tenido ninguna posibilidad de ponerse al frente. (La CUP es algo distinto de la izquierda tradicional, más bien debe entenderse como el ala radical del independentismo que como un proyecto de izquierdas inclusivo.) Pero el resto, la mayoría de los Comuns, más bien ha tratado de “surfear” por encima del oleaje; una operación difícil de llevar a cabo porque frente al independentismo estaba toda la fuerza de la derecha tradicional y en un momento en que muchos de los activistas comparten un sentimiento catalanista y un apego a los mecanismos referendarios. Al menos se ha mantenido hasta el final la negativa tanto al 155 como a la DUI; una posición que en el segundo caso se ha reafirmado a medida que se constataban la falta de solidez y el oportunismo del bloque independentista (que, por ejemplo, votó junto con el PP y Ciudadanos en el Ayuntamiento de Barcelona para impedir que en un pleno los concejales socialistas declarasen su oposición a la aplicación del 155). No está claro que, al menos a corto plazo, se salga indemne.

Para Catalunya en Comú hay dos tipos de problemas. Una parte sustancial de su éxito electoral se ha sustentado en los barrios obreros de la ciudad, barrios donde la fuerza del independentismo es minoritaria y donde durante largos meses la vida social ha sido ajena a este tipo de movilizaciones, pero donde la tensión ha empezado a crecer tras el 1-O (en algunos de ellos se han detectado pequeños enfrentamientos dialécticos en forma de caceroladas contestadas con música “nacional”). Aunque siempre ha habido un posicionamiento explícito contra la DUI y contra el carácter referendario del 1-O, siempre ha sido manifestado con menos claridad que la crítica al Gobierno español. Los socialistas han hecho una oposición nítida, y aunque su apoyo indiscriminado al PP es poco ético (sobre todo impide que se abran otras visiones del modelo territorial), puede resultar efectivo para su objetivo primario de recuperar apoyo electoral.

En el otro campo, la propuesta de un referéndum pactado, de construir la soberanía de otro modo, de buscar una nueva formulación de la cuestión nacional en el contexto español, pese a ser justa difícilmente atraerá a los, posiblemente, desencantados del final del *procés*. Los que ahora han constatado que la vía que les propusieron es imposible, en muchos casos están tan convencidos de la maldad intrínseca del Estado español que dan por inútiles los esfuerzos por alcanzar una vía alternativa. Otros están simplemente desorientados y con pocas ganas de movilización. Y unos terceros simplemente se han blindado y consideran “traidor” o “de poco fiar” a quien ha intentado tener una actitud equidistante. Un abanico de respuestas que incluye al sector de “comunes” que se dejaron arrastrar por la euforia de

las movilizaciones y por el espejismo de que había una ventana para la ruptura.

No va a ser fácil recomponer a corto plazo un espacio propio en medio de tanto ruido, tanta carga emocional, tanta sensación de derrota, encarcelamientos más que posibles, triunfalismo españolista, etc. Y hacerlo en medio de una campaña electoral inmediata. Porque el tsunami que ha generado el *procés* ha tenido impactos importantes que no se resuelven de golpe. Y, casi siempre, quien más recibe es el que ha intentado que las cosas fueran diferentes de como querían los actores principales de la obra. Aunque bueno será empezar a trabajar para recomponer las cosas.

### III

La partida ha quedado detenida hasta Navidad. La aplicación del 155 es un manotazo que en cierto modo impone una tregua. Pero la situación no se detiene y tras el 21-D podemos volver a estar en el punto de partida. Las últimas encuestas disponibles daban resultados electorales parecidos a los de hace dos años, con la posibilidad de otra mayoría absoluta del independentismo (PDeCAT, ERC, CUP), aunque es posible que lo ocurrido en los últimos días pueda alterar las cosas. El éxito electoral no depende solo de las preferencias de la gente, sino también de su movilización. Pero aun en el caso de que el independentismo se desmovilizara parcialmente y el resultado fuera menos favorable, seguramente persistiría *grosso modo* la división actual. Hay por tanto alguna posibilidad de seguir en un día de la marmota sin fin.

Todo dependerá de las “lecciones” que uno y otro bando hayan sacado del proceso actual. De si los líderes independentistas se han convencido de que la República catalana no es un objetivo inmediatamente asequible (o siguen encerrados en su burbuja) o de si los unionistas han entendido que este es un país complejo y que hay que buscar soluciones de tipo federal (o, por el contrario, se sienten reforzados y vuelven a ir a por todas). El resultado es algo impredecible, y ahí es donde la izquierda de los Comuns debería ejercer una función esencial en tres campos: en ofrecer propuestas de salida que pasan por una compleja construcción de una amplia alianza en clave catalana y española; en llevar a cabo iniciativas orientadas a construir convivencia y diálogo a todas las escalas posibles, y en resituar en el espacio político los grandes temas sociales, de clase, de género y ecológicos que la música nacional, toda ella, tiende a acallar.

30/10/2017

# **E**xigencias para una sociedad que se quiera democrática

**Antonio Madrid Pérez**

La práctica social de la democracia no es fácil. Es exigente. Y cuando no lo es, no es democracia, es otra cosa.

En las líneas que siguen mencionaré algunas de las exigencias que, desde mi punto de vista, ha de cumplir una sociedad que se quiera democrática. Al enunciar estas exigencias lo hago desde la preocupación por su debilitamiento en el contexto social actual que estamos viviendo.

## **I. Aceptación de la posibilidad de disentir**

La democracia en tanto que práctica social requiere que se pueda disentir. El disenso es posible cuando existe pluralidad de ideas y también cuando el hecho de disentir no está castigado socialmente, ni institucionalmente.

En el tiempo social que vivimos, disentir se ha vuelto un problema. Lejos de fomentarse el debate y el diálogo, se ha caído en el silencio forzado para no ofender, para *tener la fiesta en paz*. Esto no es señal de más democracia, sino de menos democracia.

Cuando las personas callan porque no quieren estropear las relaciones con sus amigos, con sus vecinos, con sus compañeros de trabajo, con sus familiares... estamos ante una involución social de la democracia.

## **II. Análisis crítico de los pensamientos pretendidamente omnímodos**

En *De la imitación de Cristo* de Thomas Kempis (se ha utilizado la edición castellana de 1817) se puede leer: "Aquel a quien habla el Verbo Eterno de muchas opiniones es libre".

En tiempos convulsos como los actuales, los extremos en conflicto presentan idearios simplistas y reduccionistas que apelan a la creencia ciega. No apelan a la razón. Apelan a la emoción. En tanto que pensamiento pretendidamente omnímodo tolera mal la matización, la crítica, la duda. Como si se tratara de una verdad científica, o de un Verbo Eterno, el dogmatismo actúa como fe cívica. Quienes lideran el pensamiento dogmático tienden a rechazar la duda, el matiz, la prudencia en la opinión.

La práctica social de la democracia exige la posibilidad de poder pensar, de poder dudar, de poder sosegar las emociones. Requiere tiempo para dilucidar y tomar decisiones. La utilización de discursos simplistas como si de un verbo eterno se tratara nos sitúa en una época que creíamos superada. Como mínimo sepamos si lo que se quiere son creyentes o sujetos democráticos con capacidad de autocrítica.

### **III. Sospecha frente a los esencialismos de la identidad**

Las clasificaciones pueden ser tramposas. Suelen serlo. En el caso de las clasificaciones mediante las cuales se intenta calificar y encuadrar a las personas, lo pueden ser mucho más. Especialmente si la clasificación se utiliza para descalificar o para ejercer poder sobre las personas clasificadas.

La democracia practicada socialmente exige que cada uno pueda elegir cómo se siente culturalmente, que cada persona pueda responder libremente a la pregunta ¿quién soy yo? Cuando la identidad se impone, cuando la persona por miedo se ve obligada a metamorfosearse, no estamos en más democracia, sino en menos.

### **IV. La importancia de los vínculos comunitarios**

La práctica social de la democracia debería ayudar a construir una comunidad en la que el respeto y el diálogo sean valores esenciales.

Hace unos días una amiga envió un cartel a un whatsapp de grupo. Sobre la señal de prohibido como fondo se habían escrito estas palabras: “Prohibido destruir amistades por causa de la política. ¡Que cada uno respete la libertad de que el otro escoja y viva la amistad!”

Este envío respondía a una evidencia que se ha extendido socialmente: la ruptura o el debilitamiento de vínculos comunitarios democráticos entre personas cercanas. La apelación a la amistad en este contexto convulso, a la *philia*, tiene todo su sentido ya que el surgimiento histórico de la idea de amistad está vinculado a un cambio de contexto en el que fue necesario ampliar los nexos comunitarios (vid. Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, FCE).

El recordatorio y la llamada a preservar la amistad como espacio de diálogo respetuoso expresa mayor voluntad democrática que la voluntad de imposición de pensamiento. Voluntad de imposición que está dispuesta a sacrificar la relación en caso de disenso por parte del amigo.

### **V. La relevancia del trabajo como eje de articulación social**

El trabajo sigue siendo uno de los ejes vertebradores de las sociedades en las que vivimos y de las relaciones entre las personas. Hay un dicho popular que expresa esta idea: “no se es de donde se nace, sino de donde se paca”. Este dicho ya aparece recogido en *La Segunda Celestina* y en *El Quijote*. Expresaba entonces la importancia de saber con quién andaba cada uno. Tomado este pensamiento por parte del movimiento obrero, la idea se amplió: la fuerza y la lucha en común radicaban en la condición compartida de ser trabajador.

Una de las cuestiones que pone sobre la mesa el intento de secesión de Cataluña es sobre qué bases se construye la comunidad política y social de referencia. Y en este marco, si somos capaces y queremos crear vínculos de solidaridad comunitarios en torno al trabajo. En el caso que conozco más de cerca, el de CCOO en Cataluña, un compañero me venía a decir: “digamos lo que digamos perdemos gente, unos porque quieren la independencia, otros porque se oponen”. ¿No será que nos hemos olvidado desde hace tiempo de que somos trabajadores unidos a otros trabajadores? ¿No será que nos hemos olvidado de quiénes somos y de dónde venimos?

30/10/2017

## Incendios forestales en Galicia: un problema político estructural

**David Rodríguez**

En el siglo XIX, un monje benedictino llamado Rosendo Salvado, natural de la villa de Tui, bañada por las aguas del Miño como su hermana portuguesa de Valença, trajo a Galicia, desde Australia, las que pasan por ser las primeras semillas de eucalipto existentes en esta parte del mundo. Todavía hoy, en el vigués parque de Castrelos, se conservan unos grandes ejemplares de eucalipto hijos de esas semillas importadas por el fraile. Obviamente, Salvado no es culpable del papel que habría de desarrollar esa especie en los recurrentes incendios gallegos; su intención era más científica que otra cosa, pero lo cierto es que, con el tiempo, el eucalipto se acabará convirtiendo en un auténtico problema para el país.

En la antigua Galicia agraria, lo que se llamaba *monte*, era algo más que un accidente geográfico o una aglomeración de árboles. El monte en la economía campesina de subsistencia ejercía múltiples funciones: proveedor de leña y frutos, fuente de matorral para la creación de estiércol, lugar de pasto etc., y se consideraba monte tanto a la superficie arbolada como a la rasurada y ocupada por tojo y otros arbustos.

Las primeras forestaciones de carácter industrial realizadas en Galicia se producen en pleno franquismo. Como muestra la historiadora Ana Cabana en su libro *La derrota de lo épico* (Universitat de València, 2013), la apropiación por el Estado franquista de la vieja figura del monte comunal —un tipo de propiedad existente en Galicia y el norte de Portugal— para plantar grandes masas de pinares, contó con una gran oposición en el mundo agrario; bien que, casi siempre, usando las "armas de los débiles" (microresistencias como podían ser el arrancado de ejemplares etc.). El mundo campesino veía en aquella política del Estado una agresión a un monte que los vecinos habían utilizado ancestralmente ("o monte é noso", el monte es nuestro, era la consigna).

También en pleno franquismo, se concede a la papelera ENCE la ubicación privilegiada que actualmente goza en la ría de Pontevedra. El área era un rico banco marisquero y un demandada zona de recreo y playa para los habitantes de la ría. Esta función todavía la conserva esa zona de Galicia en el presente, pues es precisamente en la ría de Pontevedra donde se ubica la llamada Marbella gallega, Sanxenxo, lo que demuestra la contradicción entre el modelo económico de industrialización colonial extractiva y el modelo económico, no menos colonial, de la turistificación. Un emplazamiento que el gobierno en funciones de un habitual de los veranos de Sanxenxo, Mariano

Rajoy, prorrogó, en 2016, por 60 años, lo que provocó que el ayuntamiento de la ciudad de Pontevedra lo declarase persona no grata. Pero esta sinergia entre ENCE y el PP no debe extrañar si tenemos en cuenta que el consejo de administración de la pastera es un claro ejemplo de puertas giratorias. En este momento, cuenta entre sus miembros con la ex ministra de Medio Ambiente, Isabel Tocino, y con el ex conselleiro de Medio Ambiente, Carlos del Álamo.

La llegada de ENCE a Galicia, una industria de enclave, no transformadora, marca un antes y un después en lo que refiere a la política forestal aplicada en esta tierra. El eucalipto, un árbol de crecimiento extraordinariamente rápido, pero también una especie pirófito (arde más y más rápido que otras especies) y parasitaria de grandes cantidades de agua, se extiende por toda la fachada atlántica y cantábrica, donde las temperaturas suaves y la abundante humedad permiten su desarrollo, ocupando tierras agrarias y el antiguo y multifuncional *monte*.

Otra de las claves para la proliferación de los incendios forestales tiene que ver con el despoblamiento del campo gallego. Al fenómeno de la emigración masiva de los cincuenta y sesenta —primero a Latinoamérica y después a las grandes ciudades europeas y españolas— hay que añadir el éxodo de las zonas rurales a las urbanas dentro de la propia Galicia (hoy en día, el 70% aproximadamente de la población gallega vive en la fachada atlántica, donde la agricultura sólo sobrevive como auténtico medio de vida en la industria del vino). Esto último contribuirá a que el modelo de producción del desarrollismo inmobiliario transformase las villas y ciudades en feos y caóticos conglomerados de edificaciones sin ordenamiento urbanístico; un tipo de urbanismo que se replicará en las zonas rururbanas y rurales dando lugar a la barra libre para la construcción de casas en medio de un monte transformado en una selva. El sucesivo abandono del rural recibirá su estocada final con el duro golpe sufrido por la agricultura gallega con las condiciones negociadas por el Estado español para la entrada en la Unión Europea; unas condiciones encaminadas, entre otras cosas, a desmantelar el sector lácteo (en su momento representante de casi la mitad del sector lácteo del Estado español y competidor con los existentes en otras partes de Europa).

La enorme fragmentación de la propiedad de la tierra en Galicia, también de la propiedad del monte, llevó consigo que el cada vez más abandonado rural sustituyese a la agricultura por la explotación maderera, y que ésta se basase, por razones de pura eficiencia económica, en la explotación del eucalipto. Este tipo de explotación forestal sin vinculación con ninguna economía agraria que da como resultado montes sin limpiar (el matorral que generan los montes gallegos es inmenso), sumado a la abstención política de la Xunta de Galicia a la hora de ordenar el territorio (el *laissez faire laissez passer* liberal es la norma) ha creado, especialmente en la fachada atlántica, más habitada,

una bomba de relojería.

Para hacer frente a los recurrentes y cada vez más peligrosos incendios forestales, la administración autonómica capitaneada por Manuel Fraga dedicó en su momento ingentes recursos públicos a políticas centradas en la extinción y no en la prevención. Cada verano, la propaganda fraguista presumía del bien equipado servicio de extinción forestal de la Xunta. El gobierno de Feijóo sigue gastando enormes sumas de dinero en la extinción, socializado así los costes de producción de la pasta de papel, pero, además, la sucesiva fragmentación y privatización de los servicios de extinción contribuyeron a la creación de una auténtica economía del fuego donde las grandes beneficiarias son empresas como Martinsa-FCC, Inaer o Seganosa.

Para el biólogo y experto en el tema, Xavier Vázquez Pumariño, a las causas del fuego en Galicia ya esbozadas hasta ahora, habría que añadir dos más. Por un lado, el propio clima. El verano en Galicia, especialmente en el sur, constaba de dos meses secos. El cambio climático no ha hecho más que extender este período de sequía. Por otro lado, la permanencia, en lo que queda de un rural muy envejecido, de una "cultura del fuego", donde este se usa para la creación de pastos, o la limpieza del monte. Unas prácticas no sostenibles con el estado actual de la floresta que, además, explican que lo que el PP se empeña en caracterizar como una "trama incendiaria", siempre acabe dando como resultado la detención de señores o señoras de avanzada edad que quemaban rastrojos en alguna finca, perdiendo el control sobre el fuego. Este uso popular del fuego explicaría, también, los incendios que se producen en zonas de Galicia todavía no colonizadas por el eucalipto (como los fuegos producidos este otoño en varias zonas de montaña del sur y el oriente gallego).

Salvo en el año 2006, en que la ola incendiaria coincidió con el gobierno del bipartito PSdG-BNG en la Xunta, y en el que Feijóo no dudó en "politizar", de manera rastrera y cortoplacista, la cuestión de los incendios, lo habitual es que el PP reduzca todo este problema estructural a una cuestión penal. Es decir, los culpables son los incendiarios o, cuando se ponen estupendos, las tramas terroristas de pirómanos. Pero lo cierto es que la ausencia de politización —en el mejor sentido del término— del asunto de los incendios, la desidia para intervenir desde la administración en el ordenamiento de los montes privados y en el caos urbanístico rampante, así como la puesta del gobierno gallego al servicio del gran capital provoca que en Galicia vivamos la cuestión como un eterno día de la marmota, con la salvedad de que, cada vez, los incendios parecen más peligrosos y mortíferos. Día de la marmota que también experimentamos cuando, cíclicamente, se producen "accidentes" (naufragios de petroleros, accidentes de tren...) en nuestro territorio. Demasiado a menudo, y cada día de manera más extendida, los gallegos y



gallegas tenemos la sensación de que el Estado, entendido este en sentido amplio, como el conjunto de instituciones que deberían velar por sus ciudadanos, simplemente desaparece cuando acontecen estos desastres "azarosos" y que es la gente de a pie la que debe tomar las riendas y tratar de salvar la situación. Una y otra vez, y para distintos tipos de catástrofes, escuchamos en Galicia el grito de "Nunca Más". Con él se pretende expresar esta sensación de ser dejados a la intemperie precisamente cuando más se necesitaría la coordinación, atención e implicación de las administraciones.

En el vecino Portugal, que, en su parte norte, y a grandes rasgos, comparte los mismos tipos de problemas que los aquí mencionados para Galicia, el gran incendio que asoló la localidad de Pedrógão Grande marcó un antes y un después en lo que se refiere a la aproximación política a la cuestión de los incendios forestales. El gran número de víctimas mortales y la devastación producida por ese incendio llevó al gobierno portugués a decretar una moratoria a la plantación de eucaliptos. Tras los incendios de este octubre en territorio portugués, el tema forestal vuelve a ocupar la agenda política al más alto nivel.

Lejos de hacer algo similar, el Parlamento gallego aprobó el 19 de octubre la llamada "Ley de implantación de iniciativas empresariales", lo que aquí ya se conoce como Ley de Depredación de Galicia, un texto que pondrá el territorio al servicio de cualquier proyecto minero-extractivista interesado y que se arrogará el derecho de expropiación en base a un difuso interés general. Por lo tanto, poco podemos esperar del gobierno Feijóo en lo que se refiere a racionalizar y ordenar el monte gallego, a incentivar la actividad agraria, a solicitar la responsabilidad social corporativa a ENCE y a fomentar el ordenamiento urbanístico tanto en el rural como en las zonas rururbanas que rodean a las ciudades gallegas; un mundo rururbano desordenado que explica por qué, este otoño, las llamas llegaron, nada menos, que a calles céntricas de Vigo, la ciudad más grande de Galicia.

[David Rodríguez es un activista gallego y autor del blog *ofonambulistacoxo*]

28/10/2017

## Hipótesis de un futuro nuclear: 1

### Garroña como ejemplo

Miguel Muñiz

El pasado día 20 el Ministerio de Energía, que dirige Álvaro Nadal, se mostró “abierto a facilitar la prórroga del funcionamiento de las centrales nucleares durante diez años más, una vez que expire su actual periodo de explotación, según fuentes empresariales” [1]. Una opinión en tono más elevado que se destaca en el discreto coro de declaraciones que se han venido produciendo a lo largo de octubre; discreto, porque el ámbito en que se expresan no supera los límites de la prensa especializada en economía y energía. Así, entre declaraciones de los políticos y del sector eléctrico, las negociaciones para asegurar un margen de beneficios sustanciosos a las empresas siguen adelante [2].

El pulso que mantienen el gobierno y las eléctricas para asegurar que el negocio transite de manera suave a un escenario que contente a todas las partes, ya fue analizado en el **boletín n.º 161 de mt-e**, y las maniobras siguen con marzo de 2019 como fecha límite; declaraciones como las apuntadas y *planificaciones indicativas* más o menos oficiales muestran que las élites tienen las manos libres para llegar a acuerdos sin que se les moleste con *inconveniencias* tales como los niveles de inseguridad de las centrales, las radiaciones cotidianas de los reactores y sus impactos en la salud de la población, la contaminación ambiental radiactiva creciente o el incremento del volumen de residuos con los que no se sabe qué hacer, y que acabarán, muy probablemente, en cualquier vertedero incontrolado en un rincón olvidado del mundo.

Al margen de esas *molestas* realidades, y salvo que las consecuencias de un suceso grave eleven el nivel de interés, hay que constatar que hoy por hoy no existe base social ni política para incidir en la negociación sobre el futuro de la energía nuclear en España, que se desarrolla entre quienes mandan y quienes gobiernan en su nombre. Las vicisitudes por las que ha pasado el proyecto de Iniciativa Legislativa Popular (ILP) a lo largo de un año son la prueba del grado de blindaje del que goza la cuestión nuclear. Con la ILP se trataba de llevar al Congreso una proposición de ley para un calendario de cierre ordenado de las centrales, movilizándolo a amplios sectores sociales, más allá del activismo de resistencia del movimiento ecologista, en un objetivo común.

Una aclaración previa: las personas que nos hemos dedicado durante años a trabajar en la resistencia contra las nucleares nunca hemos deseado que los hechos confirmen nuestras sombrías advertencias; siempre nos hemos

sentido, y nos sentiremos, más felices si nos equivocamos, pues sabemos que las consecuencias de nuestro acierto implican un aumento exponencial de los sufrimientos y las muertes. En este momento, con siete reactores nucleares funcionando en precario en España, luchamos por una amplia respuesta social a esa denuncia, pero siempre estaremos mejor si nuestra audiencia es restringida porque no se haya producido una fuga radiactiva grave o un accidente que derive en una catástrofe irreversible. No deseamos recibir atención mediática por un tiempo limitado (según la experiencia que se deduce de seis años de catástrofe nuclear en Japón) en tales circunstancias.

Desde septiembre de 2016 hasta la última valoración de resultados en octubre de 2017, un núcleo de personas voluntarias hemos recogido unos mil apoyos concretos para participar en una ILP que plantee un 2020 libre de centrales nucleares **[3]**; el grupo impulsor de la propuesta partió de una convicción y de una pregunta. La convicción era que solamente un herramienta de participación social amplia con repercusión institucional podría tener el eco necesario para sacar el *debate nuclear* de los círculos restringidos de empresas, expertos y gobierno, y que la ILP era la única herramienta posible. La pregunta era la que se venía repitiendo desde hace años en los ámbitos de la resistencia: ¿existiría un apoyo social suficiente para conseguir el mínimo del medio millón de firmas necesarias para que la ILP entrase a trámite en el Congreso? Para responderla se organizó una encuesta, desarrollada entre los meses de octubre y noviembre de 2016 entre el tejido social organizado de Cataluña, y que demostró que sí existía dicho apoyo **[4]**.

Posteriormente, y ante la escalada de cesiones del gobierno del PP y del organismo regulador (Consejo de Seguridad Nuclear, CSN) entre noviembre de 2016 y junio de 2017, que acabaron dejando la continuidad del funcionamiento nuclear exclusivamente en manos de las empresas, se constituyó el Grupo Promotor ILP 2020 LIBRE DE NUCLEARES, para promover en el conjunto de España otra encuesta parecida a la que se había realizado en Cataluña. Dicha encuesta, desarrollada entre los meses de mayo y julio de 2017, mostró que había un elevado nivel de simpatía y un determinado nivel de compromiso, pero que el apoyo era insuficiente en relación con la importancia del objetivo a conseguir, especialmente en lo que implicaba la vertebración organizativa.

Aquí es importante recordar que una ILP no es una protesta sino una lucha, ya que implica un objetivo definido que, si no se consigue, acarrea un fracaso; mientras que una protesta siempre puede ser valorada como un éxito midiendo la relación entre la respuesta obtenida y la esperada, una lucha debe pasar la prueba del objetivo a conseguir, en este caso el medio millón de firmas.

Quedaba una última carta que jugar: valorar el grado de apoyo que la ILP tendría entre el tejido social y político más organizado en España, es decir, entre sindicatos y partidos políticos con un compromiso de programa favorable a un cierre ordenado y urgente de las nucleares. Esta carta, jugada entre los meses de julio y septiembre, ha demostrado que las prioridades de las agendas políticas y sindicales no pasan por la cuestión de esa ILP.

Garroña queda, pues, como referente de lo que puede ser el futuro de los restantes siete reactores nucleares que funcionan en España. La historia es conocida: durante treinta años se realizaron marchas anuales para pedir el cierre de la central; entre 2006 y 2009 se desarrolló una intensa campaña coincidiendo con la promesa del gobierno del PSOE de cerrar la central a los cuarenta años de su funcionamiento; en 2009 el gobierno del PSOE se echó atrás y aprobó un alargamiento hasta 2013; el CSN, perfectamente coordinado con el gobierno del PP, decidió permitir su funcionamiento hasta 2031, pero fueron las empresas propietarias (Enel-Endesa e Iberdrola) las que cerraron la central en 2012 sin preguntar a nadie; aunque las maniobras de distracción y las cortinas de humo han proliferado **[5]**, la realidad es indiscutible: las empresas decidieron que cerraban en 2012 y el gobierno asumió esa decisión en 2017.

El 22 de octubre, las elecciones generales anticipadas celebradas en Japón dieron como resultado una nueva victoria del partido en el gobierno, el PDL liderado por Shinzo Abe. Los temas más debatidos en la campaña fueron la seguridad ante la política militar de Corea del Norte, la modificación de la Constitución para permitir misiones militares de las Fuerzas de Autodefensa (ejército) de Japón en el exterior, la eficacia de las medidas de reactivación económica (*Abenomics*) y la subida de impuestos. Fukushima, la energía nuclear, las consecuencias sociales y sanitarias de la catástrofe, la contaminación radiactiva creciente, etcétera fueron temas descartados de la agenda. Una inquietante coincidencia que se da en todos los países donde funcionan centrales nucleares.

Habrà que seguir con atención lo que resulte de las negociaciones entre las eléctricas y el gobierno para saber qué futuro nuclear nos aguarda en España, y seguir denunciando y cruzar los dedos.

## Notas

**[1]**

<http://www.lavanguardia.com/natural/20171020/432192187540/prorroga-centrales-nucleares.html>.

**[2]** Excepto citas textuales o muy concretas, las informaciones que aparecen en este artículo pueden comprobarse en la **hemeroteca de octubre**.

**[3]** La mayor parte de las informaciones y datos pueden obtenerse del blog del Grupo Promotor ILP 2020 LIBRE DE NUCLEARES, <http://ilp2020.blog.pangea.org/>.

**[4]** Se comprobó que el porcentaje que correspondería a Cataluña del medio millón de firmas necesarias era superado ampliamente. Los cálculos del tal porcentaje pueden obtenerse en <http://www.sirenovablesnuclearno.org/nuclear/escenario20202021.html#HOJADATOS>.

**[5]** [https://elpais.com/economia/2017/08/01/actualidad/1501582961\\_303371.html](https://elpais.com/economia/2017/08/01/actualidad/1501582961_303371.html).

**[Miguel Muñiz es miembro de Tanquem les Nuclears-100% EER y del GRUPO IMPULSOR ILP 2020 LIBRE DE NUCLEARES. Mantiene la página de divulgación energética <http://www.sirenovablesnuclearno.org/>]**

30/10/2017

**Pablo Massachs**

Cada generación tiene su tema.

José Ortega y Gasset

Nada como un buen enfrentamiento cara a cara para levantar pasiones. El ser humano precisa de simplificaciones útiles con las que identificarse, y este tipo de duelos en ocasiones nos ayudan a fijar ideas y tomar partido. Algunos de ellos contraponen cosmovisiones antagónicas: pensemos en los debates entre Einstein y Bohr sobre diversos temas de la filosofía de la ciencia, en particular sobre la mecánica cuántica. En otras ocasiones se trata más de una confrontación de estilos: véase la rebuscada estética del léxico de Góngora contra la riqueza en el significado que buscaba Quevedo. Finalmente, otras rivalidades tienen más de construcción artificial de antagonismos (es decir, de necesidad colectiva de que la confrontación exista) que de realidad, como la absurda disyuntiva entre Beatles y Rolling Stones, por citar un ejemplo de la cultura popular que tiene ya unas cuantas décadas.

Un ejemplo fascinante de estas polémicas tuvo lugar entre **Henri Cartier-Bresson** y **Ansel Adams**, dos gigantes de la fotografía del siglo pasado. El francés es conocido por su habilidad para captar el **instante decisivo**, esa fracción de segundo en que todos los elementos parecen alinearse para ofrecer una imagen armónica e irrepetible. También es considerado uno de los fundadores del fotorreportaje, ese género del periodismo que tanto puede enseñarnos sobre la naturaleza humana. Por el contrario Adams centraba su obra en imágenes de la naturaleza, y además fue un convencido defensor de ésta, acaso el primer fotógrafo ecologista.

La frase de la polémica, que da buena muestra de la diferencia de estilo entre ambos, parte de Cartier-Bresson: “El mundo se cae a pedazos, y todo lo que Adams y Weston fotografían son árboles y piedras”. Para alguien como el francés, que cubrió como fotógrafo algunos de los principales eventos del siglo (desde la Guerra Civil Española a la entrada triunfal de Mao en Pekin), borrar de su obra a los seres humanos para centrarse en los bellos paisajes de Yosemite suponía tener las prioridades desenfocadas.

Hoy en día los problemas en los que centrar el foco son otros. Naturalmente sigue habiendo personajes dispuestos a dedicar su tiempo a luchar por la

posesión de armas o a indagar sobre los agravios históricos de sus vecinos. Pero por suerte el Cambio Climático (y sus problemas socioeconómicos y geopolíticos asociados) han merecido la atención de gran parte de nuestra *intelligentsia*. Seguramente Adams en este siglo hubiera sido reconocido como un hombre atento a los problemas de su tiempo, capaz de alinear su arte con su conciencia. Entre los intelectuales que encaran los retos ecológicos encontramos variedad de enfoques.

### **Una sola idea que todo lo explica**

Vivimos en tiempos tremendamente complejos, en los que paradójicamente algunas ideas simples pueden tener buena acogida: los druidas que nos venden la **independencia política** que todo lo soluciona (y nos regalará un país más rico, más solidario y menos corrupto de la noche a la mañana), el **socialismo** que vuelve a aparecer con distintas caras para dar respuesta a todas las preguntas, el **neoliberalismo** trilerero que haciéndonos a todos más egoístas consigue una sociedad supuestamente más justa,...

También hay autores que cuentan con una idea-fuerza que intentan amoldar a todas sus interpretaciones: el *peak oil* que todo lo explica, los *cisnes negros* **[1]** que cambiarán nuestro destino,... Incluso un escritor de conocimientos tan variados como **Jared Diamond** cae en la tentación de intentar encajar su análisis del desarrollo de las civilizaciones a la empresa privada, con un resultado un tanto desconcertante **[2]**.

Ignoro si estos autores viven deslumbrados por sus propias interpretaciones del mundo, que consideran geniales, o se trata simplemente de un ejercicio frío de vender el producto intelectual (diferenciado, de atractivo diseño) en el mercado de las ideas. Las ideas sencillas que explican un gran número de fenómenos nos maravillan por su utilidad y elegancia. Pero no podemos caer en el error de **Jeremy Bentham** **[3]** y buscar una explicación simple... pero errónea.

### **El síndrome del tertuliano**

Los tertulianos televisivos viven su momento cumbre. De todo opinan, de todo nos vemos obligados a escucharles. Subiendo un par de peldaños también encontramos intelectuales que no dejan escapar ocasión para explicar su parecer, aunque a veces caen en la falta de reflexión o conocimiento del terreno que pisan. En problemas ecológicos esto parece ser algo habitual, más que una excepción. Citaré tan solo algunos ejemplos notables:

El filósofo **Fernando Savater** liquida de forma simplista el problema de los derechos animales (si no tienen deberes, no tienen derechos). Desde una

argumentación mucho más fina y meditada, otros autores como **Jorge Riechmann** o **Jesús Mosterín** le han rebatido sobradamente [4], aunque el enfoque simplista de Savater parece calar entre gran parte de la población.

Con sus casi 100 años de edad **Mario Bunge** ha afrontado con brillantez numerosos temas filosóficos, como el problema de las pseudociencias, la vacuidad de los posmodernismos o cómo puede la ciencia estar al servicio de los seres humanos. Sin embargo, a la hora de hablar de los movimientos ecologistas demuestra un desconocimiento sorprendente. Los clasifica de forma ridícula [5], como si fueran poco más de defensores de ballenas, quizá por desconocimiento o por soberbia, pero desde luego su visión poco tiene que aportar al debate.

**Steven Pinker** es un psicólogo evolucionista canadiense que pasa por ser una de las personas más influyentes del mundo, según la revista Time. Se nota que disfruta del debate público y no duda en atacar con toda su artillería las ideas con las que no está de acuerdo. Así lo hace con los que él llama los “científicos radicales” en *La tabla rasa* [6]. En este ensayo trata numerosos temas, y se basa en la prevalencia de la genética sobre el medio. El poco espacio que dedica a temas ecológicos está reservado para la crítica a “profecías malthusianas” como las del **Club de Roma**, que el autor canadiense desprecia abrazando uno de los mantras ya conocidos en este ámbito: la tecnología nos salvará. Reducir los límites del crecimiento al crecimiento demográfico es injusto y ridículo. Dichos límites y numerosos problemas ecológicos ya se están poniendo de manifiesto mientras seguimos esperando tecnologías milagrosas que no llegarán.

### **La respuesta desde el *show business***

¿Qué tienen en común **Obama**, **Leonardo DiCaprio** y **Richard Branson**? Los tres son personajes mundialmente conocidos, con tremendo poder y capacidad de influencia, y han manifestado hondas preocupaciones por el cambio climático [7]. Y además los tres son productos de la sociedad del espectáculo (la política-espectáculo, el actor-espectáculo, la empresa-espectáculo), puros fuegos artificiales que no quieren afrontar la cruda realidad de los problemas ecológicos. Y es que si el colaborador necesario del boom de la fractura hidráulica en EEUU, el dueño de una isla privada y el propietario de una aerolínea que no tiene mucho de sostenible están llamados a liderar la lucha climática, estamos abocados al desastre.

### **Rayos de luz**

Por suerte, no todo han de ser aportaciones simplistas o vacuas al debate público. Desde la economía industrial, **Jean Tirole** hace un esfuerzo honesto



por explicar cuál sería la mejor apuesta económica para limitar las emisiones de gases de efecto invernadero **[8]**. Desde luego los compromisos voluntarios seguidos hasta ahora no parecen la vía para atajar el problema. Tirole plantea dos posibles mecanismos —una tasa de carbono a nivel mundial y derechos de emisión negociables— y explica por qué tienen más posibilidades de éxito que otras fórmulas. Si bien el economista francés ha recibido también críticas **[9]**, siendo acusado de que sus propuestas supondrían una reducción del control de los mercados por parte del estado, se agradece su aportación al atascado debate sobre este problema global.

Volviendo a **Jared Diamond**, si bien el mundo de la empresa no parece ser su fuerte, sus conocimientos de otras materias (biología, fisiología, ecología) y su forma de relacionarlas resulta inspiradora. Hace ya más de 10 años que este autor publicó *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen* **[10]**. Al leer sobre sociedades pasadas, deja un triple mensaje para nuestra sociedad global, que ahora también peligra: también ahora, los problemas ecológicos pueden acabar con una civilización; aquellos que no atiendan los mensajes de la naturaleza están destinados a desaparecer; por el contrario, si se implementan los cambios necesarios, se puede sortear el riesgo fatal. ¡Qué lejos queda este análisis del tecno-optimismo simplón!

A la guerra se le han dedicado casi tantos pensamientos y reflexiones como al amor. Este fenómeno pone a prueba nuestra capacidad de fe en el ser humano, y nos hace preguntarnos si la paz no es una rareza histórica tejida a base de infinitos ejercicios de autocontrol y empatía. Volviendo a un plano más concreto, no podemos obviar que la escasez material o la tiranía pueden ser el caldo de cultivo que provoquen los conflictos. También lo será el Cambio Climático en el futuro. Así lo explica el psicólogo y psicólogo social alemán **Harald Welzer** en su ensayo de título inequívoco, *Guerras climáticas* **[11]**. Toda una advertencia que arroja luz sobre una de las caras más oscuras del problema climático: su relación con la guerra.

Es una grata sorpresa constatar que la cúpula eclesiástica católica también se puede preocupar por el mundo en que vivimos, y no solo por el que vendrá (según su fe). Por ser un ejercicio realista y exigente, y por la influencia que puede tener sobre los millones de creyentes católicos, la encíclica *Laudato si'* **[12]** de **Jorge Bergoglio** tiene un mérito destacable. No esquiva este texto los puntos delicados de los problemas ecológicos, y como gesto simbólico, bueno es que el catolicismo siga el ejemplo de otros credos y le dé a la naturaleza un carácter sagrado.

## Coda

Volviendo a los duelos cara a cara, seguramente **Donald Trump** lo tiene todo para ocupar uno de los lados del ring. Cumple con soltura el papel de villano total por su enfoque en los grandes problemas de nuestro tiempo: la destrucción masiva de nuestra sociedad global, ya sea por la vía rápida (recordemos la reciente escalada de tensión bélica) o lenta (negando el Cambio Climático y no haciendo nada para evitarlo). En este duelo Trump todavía no tiene contrincante icónico. No estaría mal que se asentara en el imaginario colectivo un referente moral en la lucha climática, que inspirase a todos aquellos que repudian la inacción ecológica. No en vano, nuestro instante decisivo como sociedad es ahora mismo, en el límite del punto de no retorno para escapar de las catástrofes climáticas. <sup>4</sup>

## Notas

**[1]** Nassim Nicholas Taleb, *El cisne negro: el impacto de lo altamente improbable*, Paidós Ibérica, 2011, ISBN: 9788449326622.

**[2]** Jared Diamond, *Armas, gérmenes y acero*, Debolsillo, 2010, ISBN: 978-84-8346-326-0.

**[3]** Jeremy Bentham (1748 - 1832) argumentaba que nuestra conducta total se puede explicar mediante la maximización de la utilidad. Dicha idea fue un intento de alcanzar la sencillez y elegancia de la mecánica newtoniana. La realidad es que los seres humanos estamos en general pendientes de otras motivaciones, más allá de maximizar la utilidad, si bien esta idea sigue anclada en el argumentario de muchos economistas.

**[4]** Compárese la crítica a un libro de Mosterín por parte de Savater (*¿Filantropía o zoofilia?*, disponible en <http://www.revistadelibros.com/articulos/los-derechos-de-los-animales-segun-savater>) con algunas de las publicaciones sobre derechos animales de los autores, por ejemplo *Animales y ciudadanos* (Jorge Riechmann y Jesús Mosterín, Talasa, 1995, ISBN: 9788488119384.) o *Todos los animales somos hermanos* (Jorge Riechmann, *Todos los animales somos hermanos*, Catarata, 2005, ISBN: 84-8319-218-7.).

**[5]** Mario Bunge, *A la caza de la realidad*, Gedisa, 2009, ISBN: 9788497841238.

**[6]** Steven Pinker, *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*. Paidós Ibérica, 2012, ISBN: 9788449322990.

**[7]** Obama aparece ante la opinión pública como un presidente sinceramente preocupado por el Cambio Climático. DiCaprio ha publicado recientemente un documental, *Before the flood*, que él mismo produce y presenta, en el que aborda el reto climático. Finalmente, Branson quedó deslumbrado con el documental de Al Gore, *Una verdad incómoda*, y prometió invertir 3.000 millones de dólares en buscar soluciones energéticas sostenibles para sus negocios.

**[8]** Jean Tirole, *La economía del bien común*. Taurus, 2017, ISBN: 9788430618613.

**[9]** Véase por ejemplo la entrada del blog de Jean Gadrey «La légitime récompense de Jean Tirole» (Jean Gadrey, Alternatives Economiques, 14/10/2014, disponible en <https://blogs.alternatives-economiques.fr/gadrey/2014/10/14/la-legitime-recompense-de-jean-tirole> ).

**[10]** Jared Diamond, *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, 2005. ISBN: 9788483462270.

**[11]** Harald Welzer, *Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*, Katz, 2010, ISBN 9788492946273.

**[12]** Jorge Bergoglio. *Carta encíclica laudato sí'. Sobre el cuidado de la casa común*. Mensajero, 2015, ISBN: 9788427137714.

24/10/2017

# ¡Ay de la necesidad de héroes!

**Antonio Madrid Pérez**

Andrea.- (*En voz alta*) ¡Pobre del país que no tiene héroes!

Galileo.- No. Pobre del país que necesita héroes.

(Bertolt Brecht, *Vida de Galileo*, 1938-1939)

¿Y hoy? El conflicto político y social en torno al intento de secesión de Cataluña se ve acompañado por aclamaciones a los héroes. Conflicto y heroicidad, una combinación tan habitual como peligrosa. Hay quienes buscan héroes y hay quienes recelan de la necesidad de hacer héroes.

## I

Brecht escribió *Vida de Galileo* en su exilio en Dinamarca. En esta obra se encuentra el diálogo con el que he comenzado este texto.

Andrea le echa en cara a su maestro Galileo que abjurara de sus enseñanzas, que se sometiera a las imposiciones de la Iglesia. Andrea se lo reprocha porque cree que hay que soportar cualquier cosa, cualquier padecimiento, cuando se trabaja por la ciencia. Habría preferido que Galileo muriera antes que retractarse. El discípulo apela al comportamiento heroico del maestro. Le viene a decir: has sido cobarde, te has vendido.

Andrea necesita creer en su maestro y de forma benevolente espera que Galileo le diga que se retractó porque tenía un plan. Necesita pensar que el maestro fue más listo que sus jueces. Sin embargo Galileo rechaza presentarse como un héroe. Le dice “Me retracté porque temía el dolor físico”.

La afirmación de Galileo (“Pobre del país que necesita héroes”) puede ser vista como la expresión del mismo Brecht: el rechazo a la guerra, la necesidad de huir, la crítica a las ideas manipuladoras que exigen y justifican el sacrificio cruento, ya sea el sacrificio del amigo o el sacrificio del enemigo. El rechazo del heroísmo cruento, del heroísmo manipulador y mediatizado.

## II

Los referentes heroicos nos muestran a qué se atribuye colectivamente valor.

La condición de héroe es un espejo del grupo que crea el referente heroico. Quienes crean y sostienen el referente heroico se identifican con la causa por la que lucha, por la que se sacrifica, *por la que sacrifica*, el héroe. Cuando esta sintonía se rompe, el héroe es silenciado o degradado.

En las últimas semanas han proliferado las calificaciones heroicas. Algunos ejemplos: “**Los Mossos, recibidos como héroes a la llegada a los colegios**”, “**Aclamados como héroes. Miembros de la Guardia Civil, vitoreados en su salida hacia Cataluña**” o Oriol Junqueras califica como ‘referéndum heroico’ la votación del 1 de octubre.

En cada uno de estos casos, la consideración de alguien como héroe, o de algún comportamiento como heroico, indica una valoración positiva de lo que ha hecho esa persona o grupo de personas. El héroe lo es porque los otros lo tratan como tal. Y lo tratan como tal porque tienen razones para hacerlo. Por ejemplo, noticia de hace unos días: “**La Ràpita dedica la nueva República a los ‘86 héroes’ del 1 de octubre**”. Se puede leer:

Dins d’estos rapitencs vos demano explícitament un fort aplaudiment per als 86 rapitencs i rapitenques que es van trencar, literalment, la cara per defensar la llibertat de vot, la llibertat dels catalans, la democràcia, per defensar la llibertat del nostre poble, de la Ràpita i de Catalunya. Sou uns grans herois i mai us podem agrair el que vau fer l’1-O, va manifestar l’alcalde de la població, Josep Caparrós, en un ovacionat discurs, fent referència a les 86 persones que van quedar ferides per la repressió policial.

Pero de igual forma que se produce el encumbramiento a la condición de héroe, las personas (las mismas que son candidatas a ser tratadas como héroes) pueden verse degradadas a la posición de traidor, renegado, cobarde o enemigo. En el caso del ex-presidente del Gobierno catalán, la posibilidad de que convocara elecciones autonómicas anticipadas llevó a que numerosas personas se manifestaran clamando “**Puigdemont traidor**”. En el momento en que se declaró unilateralmente la independencia, **Puigdemont fue considerado un héroe**.

### III

Los referentes heroicos actúan como aglutinadores sociales.

Lo heroico aglutina en la medida en que es un referente compartido colectivamente. La persona y el grupo depositan en la figura heroica aspiraciones, deseos, miedos, odios. El héroe cataliza emociones, propósitos, preocupaciones. Por este motivo cada causa crea o encuentra sus figuras heroicas. Es un gran recurso simplificador de la complejidad de una situación.

Lo heroico es reduccionista desde el momento en que exige adhesión incondicional. Por ello es frecuente que se proteja la memoria de lo que ha sido considerado heroico, ya que al preservar una determinada memoria de los hechos heroicos se preservan también los hechos fundacionales. En el momento en que se duda sobre la heroicidad, o se matiza la misma, comienza a desvanecerse la función simbólica del héroe, se diluye su capacidad aglutinadora.

Como ejemplo de protección de la memoria heroica, se pueden tomar las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas (Real Decreto 96/2009 de 6 de febrero, artículo 21) que establecen que "los miembros de las Fuerzas Armadas se sentirán herederos y depositarios de la tradición militar española. En homenaje a los héroes que la forjaron, y a todos los que entregaron su vida por España, es un deber de gratitud y un motivo de estímulo para la continuación de su obra". En un proceso judicial que finalizó en la sala Militar del Tribunal Supremo (24 de julio de 2006), un mando militar, tras invocar la heroicidad de su abuelo, se quejaba amargamente de la falta de atención a los héroes y a las peticiones de reconocimiento que en su nombre hacían sus familiares.

#### IV

La construcción del referente heroico precisa un reconocimiento selectivo de hechos y sentidos aportados a los hechos, al mismo tiempo que precisa de una memoria selectiva.

Lo heroico exige fe, creencia, emoción. Dado que va más allá de lo ordinario, de lo exigible, el primer contacto con lo heroico es emocional. Una vez que se produce el engarce emocional, se pueden encontrar razones para avalar la creencia en el héroe. Quienes estos días han vitoreado a los guardias civiles como héroes, tenían sus razones para hacerlo, pero sobre todo tenían y tienen sus emociones. Y lo mismo quienes consideraron a los Mossos como héroes.

Estos días pudo leerse el siguiente grafiti: "Fora la Guàrdia Civil: a nosaltres només ens peguen els MOSSOS" (fuera la Guardia Civil: a nosotros solo nos pegan los Mossos). En algún caso, la segunda parte de la frase había sido tachada y se había preservado el 'Fuera la Guardia Civil'. La frase completa del grafiti encierra la desmemoria y, desde el punto de vista de la defensa de los derechos de las personas y la crítica a la violencia institucional, expresa una falta de juicio democrático que resulta insoportable.

La construcción y el mantenimiento de los referentes heroicos elige y rechaza los acontecimientos según las conveniencias. En el caso de la policía autonómica catalana, con razón algunos observadores han hablado de que el

cuerpo policial se ha redimido o que ha lavado su imagen. Los propios responsables de Mossos han explicado cómo han aprendido en estos años a no traspasar ciertos límites en el uso de la violencia policial. En la historia social y sindical catalana más reciente, la policía autonómica ha protagonizado actuaciones violentas muy preocupantes que han supuesto violaciones de derechos y libertades de las personas: condenas por torturas (con indulto por parte del Consejo de Ministros en algunos casos), desalojo de plaza Cataluña durante las ocupaciones del 15M, enfrentamientos con el movimiento okupa, cargas policiales durante huelgas... Hace años, un comisario de Mossos me explicaba lo siguiente: nosotros somos como un interruptor, el político responsable nos dice si encendido o apagado. Si es encendido cargamos y no miramos. (Esta explicación coincide con lo que se pudo ver en [esta entrevista](#)).

La construcción de la figura heroica exige frecuentemente que se haga una selección de hechos con los que se arma la condición heroica. Y hecha esta selección se construye la memoria sobre esos hechos y se defiende como deber de memoria. El elogio heroico soporta mal el pensamiento crítico. De hecho, el análisis crítico de lo heroico subvierte la heroicidad hegemónica y hace aflorar otra noción de lo heroico. Una noción que aprecia la resistencia cotidiana contra las violencias, el acto que huye de los aplausos, la mirada que sonríe a pesar de los pesares, la mano amiga cuando la víctima se queda sola... El pensamiento crítico valora como heroico conductas, gestos... que suelen ser ignorados cuando no despreciados. Si la memoria colectiva quiere ponerse al servicio de la democracia, y de los derechos y de las libertades de las personas, conviene ser muy exigentes en términos democráticos al construir los referentes heroicos.

Hay quienes buscan héroes, hay quienes recelan de la necesidad de hacer héroes. Yo soy de los segundos.

30/10/2017

## **E**nsayo

**Albert Recio Andreu**

### **La Revolución de 1917 y la alternativa al capitalismo: un comentario**

#### **I**

La revolución de octubre de 1917 ha sido un icono de la revolución mundial. Una referencia esencial para una inmensa masa de personas que aspiraban a liquidar el capitalismo y construir una sociedad decente. Pero, salvo para un sector de nostálgicos y resistentes, esto fue en el siglo pasado. En los nuevos movimientos sociales la referencia a la Revolución rusa ha desaparecido. Más que considerar el siglo pasado como el de la revolución, deberíamos pensar que en parte lo ha sido de la revolución fallida. Y preguntarse por qué lo que empezó como un augurio de una sociedad fraternal ha acabado siendo la imagen de un fracaso debería ser una labor esencial de cualquiera que pretenda trabajar en un proyecto emancipatorio.

Quiero dejar claro que considero vigentes la mayoría de los anhelos que están detrás de las aspiraciones asociadas a la idea del comunismo: la construcción de una sociedad de personas libres, iguales en derechos, democrática. Una sociedad que haga reales y posibles los objetivos que puso en circulación la Revolución francesa, los de libertad, igualdad y fraternidad. Asimismo, pienso que la lucha por este modelo de sociedad sigue constituyendo un empeño político esencial, y que subyace todavía a las demandas y propuestas de muchos de los movimientos sociales actuales. Lo que no está presente es la identificación de estas demandas con la historia a que dio pie el triunfo bolchevique o con los regímenes políticos que usan el comunismo como seña de identidad. Es difícil, por ejemplo, que nadie con un mínimo sentido igualitario pueda asociarlo a las imágenes que ha ofrecido el congreso del Partido Comunista de China, con una abrumadora presencia masculina (un monopolio total en el caso de la alta dirección), de uniformados votando la inclusión del líder actual en la lista de pensadores del catecismo oficial.

Por esto considero relevante que nos preguntemos por las razones de este fracaso del proyecto inicial, ya que entenderlas es una necesidad para poder pensar otros nuevos, para consolidar nuevas alternativas a la vez mejor diseñadas y más atractivas. No para elaborar una lista de culpables del fracaso, sino para entender las estructuras y procesos que a menudo bloquean o impiden las transformaciones sociales, para discernir los mecanismos y las políticas mal diseñadas que hay que evitar.

#### **II**



A la hora de interpretar el fracaso del proyecto soviético hay diferentes posiciones. La más facilona es la que considera que sufrió desde el principio el acoso de las potencias capitalistas. Un acoso que no solo drenó recursos y esfuerzos, sino que también provocó una involución interna en términos de libertades y democracia. No es una explicación vacía. El entorno de cualquier proyecto alternativo siempre será hostil. Y la hostilidad exterior alimenta las paranoias de las que se alimentan las pulsiones autoritarias. Pero me parece una explicación insuficiente y peligrosamente conformista. Evita preguntarse por los fallos de la política propia y concede a las fuerzas reaccionarias la condición de un poder imbatible. Evita también perder de vista los propios cambios de las sociedades capitalistas, las transformaciones impulsadas tanto desde el poder como por la presión social. Cambios que en algunos casos dieron lugar a avances sustanciales en los derechos humanos y que generaron otro tipo de presión a las sociedades del bloque soviético: la del bienestar y el consumismo.

Una segunda explicación es la que, en variantes diversas, adoptaron los críticos internos del bolchevismo: la de considerar que la revolución había sido secuestrada o traicionada por una élite política autoritaria. Que el poder estuvo controlado por una élite autoritaria (y que lo sigue estando tanto en Rusia como en China) es evidente. Lo que es más discutible es que esto pueda explicarse por un mero proceso conspirativo que, de no haberse producido, habría dado lugar a otro resultado diferente.

Considero que hay dos explicaciones posibles, complementarias, para entender la deriva hacia los modelos de sociedad burocrática que han caracterizado a las sociedades de tipo soviético: la continuidad con el pasado y las estructuras sociales que emanan de su modelo económico.

Las revoluciones tienen la pretensión de hacer borrón y cuenta nueva, eliminar de un solo golpe todo lo malo del régimen anterior; es uno de sus atractivos. Pero una cosa es tomar el poder político y otra, cambiar de un plumazo la compleja red de instituciones que conforman una sociedad, modificar hábitos de comportamiento asentados en la vida social. Pensar que con un golpe revolucionario la sociedad cambia enseguida es la forma más fácil de caer en errores. Las sociedades en que tuvo lugar la revolución tenían, en formas diversas, una larga tradición de autoritarismo. Y este autoritarismo formaba parte de los valores y comportamientos de los propios líderes revolucionarios. De hecho, el uso de la violencia y el asesinato como arma política ha sido aceptado en la mayoría de los países hasta tiempos muy recientes (y persiste en muchos de ellos). Hay factores de continuidad entre la autocracia zarista y el autoritarismo ruso, entre el mandarinato tradicional y el modelo del comunismo chino. Y el uso sistemático de la fuerza como forma de control social se traduce en el reforzamiento de estructuras de Estado

claramente antidemocráticas.

Lo segundo tiene que ver con las estructuras sociales que genera una sociedad que se organiza en torno a una planificación centralizada que trata de impulsar un proceso de crecimiento acelerado. Como se puso en evidencia en el debate económico ruso entre N. Bujarin y Y. Preobrazhenski, se trataba de acelerar más o menos el ritmo de crecimiento dejando menos o más excedente agrario en manos del campesinado. El más implica reforzar una organización centralizada orientada a extraer este excedente y transferirlo hacia la industrialización acelerada, una operación que conlleva generar estructuras burocráticas en los diversos estratos del proceso productivo. Unas estructuras que generan desigualdades —de renta y de poder— que pueden dar lugar a una formación social diferente del capitalismo, pero discutiblemente igualitaria. Para algunos marxistas, aceptar que tras el fin del capitalismo pueda aparecer un sistema de clases diferente del socialismo puede parecer inexplicable. Pero creo que el propio análisis de las clases sociales en las sociedades capitalistas permite reconocer que los esquemas simples, basados tanto en la dualidad como en la evolución lineal por etapas, resultan inadecuados para analizar las sociedades reales. Ni hay una evolución lineal de la historia (el esclavismo es un buen ejemplo de una estructura social que reaparece en contextos históricos muy diversos, como en la Roma clásica y en la agricultura colonial de los albores del capitalismo industrial) ni las clases pueden confundirse con la propiedad. Tiendo a pensar que el modelo soviético cristalizó una variante de economía burocrática que al final ha explotado en dos opciones diferentes, la vuelta pura y dura al capitalismo liberal o a un modelo de capitalismo tutelado por una burocracia que mantiene importantes resortes de poder político. Pero, más que el debate teórico sobre el carácter de clase de estos regímenes, me parece importante subrayar que en su seno existían estructuras sociales que eran, más allá de la brutalidad de líderes como Stalin, las que daban densidad social a la gestión autoritaria.

### III

El peor legado de la experiencia soviética es sin duda su brutalidad y su falta de democracia. Un autoritarismo nacido tanto de la inercia de la cultura autocrática como de un proyecto de gestión económica pensado desde arriba hacia abajo. Un proyecto que entendía cualquier iniciativa individual y de base como una peligrosa tendencia de vuelta al capitalismo.

Un modelo autoritario genera muchos efectos sociales indeseables. En primer lugar, sin duda el peor, el sufrimiento infligido a grandes masas de población. En segundo lugar, una cultura de la acción política que prima el miedo y el sometimiento por encima del debate franco. Y que por tanto impide acotar,

replantear, revisar las decisiones erróneas. Ello sin despreciar el enorme coste que genera en la calidad de la política el hecho de que el resultado de cada debate político sea la represión contra los perdedores. En tercer lugar impide la crítica social, la formulación de alternativas desde la base, de respuestas creativas a los problemas. Por ejemplo, la magnitud de algunos de los desastres ecológicos de la antigua URSS posiblemente se hubieran evitado si las poblaciones afectadas hubiesen podido actuar con autonomía, con voz propia frente a las iniciativas del poder. A menudo se nos pasa por alto que es precisamente el marco de libertades formales de las democracias occidentales, especialmente las europeas, el que ha impedido los mayores desastres del capitalismo, el que ha forzado a introducir reformas en beneficio de la mayoría social. En cuarto lugar, este autoritarismo ha sido también un freno en el avance del conocimiento y la innovación tecnológica al supeditar las ideas de cada individuo al escrutinio de la jerarquía. Una jerarquía que cuando es cuestionada tiende a reaccionar represivamente. Lo ejemplifica magníficamente el personaje del físico Victor Shtrum en la impresionante novela de V. Grossman *Vida y destino*.

Los dirigentes soviéticos combinaron la represión con el nacionalismo como mecanismo básico de cohesión social. El resultado fue promover unos comportamientos en los que destacaban la obediencia, la ingenuidad y el chovinismo en dosis variables; también un cierto cinismo para poder sobrevivir o medrar. Lo reflejan muchas de las personas entrevistadas en los magníficos trabajos de S. Aleksievich. Era una población sin verdadera capacidad de acción, algo que explica con bastante claridad lo fácil que les resultó a los nuevos oligarcas el desmontaje de la URSS o los brutales enfrentamientos armados que estallaron entre grupos nacionales en las diferentes repúblicas. La ciudadanía internacionalista solo puede ser creada con otros métodos y otras instituciones.

#### IV

El modelo de planificación central, de apuesta por el crecimiento basado en la industria pesada y por la carrera armamentística, es otra vertiente de la cuestión. La planificación formaba parte de las ideas básicas de la izquierda marxista, y se mostró eficaz en bastantes cometidos. Como lo es también en las economías capitalistas reales, donde una parte importante de la actividad económica depende de las decisiones centrales de los gobiernos y donde las grandes corporaciones “planifican” de facto la acción de cientos de unidades productivas (como es el caso de las complejas cadenas de subcontratas de la industria automovilística o la organización del suministro alimentario a partir de las grandes cadenas de supermercados). El problema no es tanto la planificación central en sí, sino su extensión y sus formas. En este sentido, China aporta una experiencia más creativa que la soviética (lo que no quiere

decir que no sea criticable en muchos aspectos).

Es cierto que una parte de la deriva soviética fue impulsada por la Guerra Fría, en particular el intenso esfuerzo bélico. Pero la obsesión por el crecimiento de la industria pesada en detrimento del consumo tenía otras raíces y provocaba unas carencias en la vida cotidiana que dificultaban enormemente “competir” con el escaparate de la propaganda consumista occidental.

## V

El autoritarismo, la crueldad, el burocratismo, el nacionalismo y los efectos de todo ello en la vida de millones de personas y en el medio ambiente son el resultado de un proyecto bien intencionado pero mal ejecutado. No todo fue malo, sin duda. Las desigualdades sociales fueron mucho menores que en Occidente, incluidas en bastantes aspectos las de género, y la población tuvo acceso a servicios básicos y a una educación más que aceptable. Pero estos logros quedan ensombrecidos por los problemas indicados. A partir de cierto momento histórico, ya era evidente que no se trataba de un modelo que en términos comparativos fuera superior al de las mejores experiencias de capitalismo real (aunque sí a muchas otras). Lo peor de todo es que el fracaso del proyecto posibilita el discurso del “no hay alternativa”.

Los nuevos movimientos alternativos, a partir del movimiento antiglobalización, se han construido ignorando el pasado. 1917 ya no es un referente más que para los restos de la tradición comunista. Aunque los anhelos de fondo son parecidos. “La alternativa” al capitalismo ha dado lugar a alternativas concretas o a una inconcreta necesidad de economía democrática que trata de dar respuestas tanto a los problemas del capitalismo que la izquierda siempre identificó (desigualdad, explotación, pobreza...) como a los problemas que han puesto de manifiesto movimientos más recientes (crisis ecológica, persistencia del patriarcado, armamentismo...). Pero todos ellos son problemas que no solo requieren soluciones particulares, sino también algún proyecto social que los ensamble con una cierta lógica. Que permita contar con un mapa que nos ayude a orientarnos.

Y es también en este sentido que analizar por qué aquel proyecto revolucionario fracasó puede ayudar a pensar en proyectos mejor diseñados. Como sugería un viejo librito de A. Castaños, *¿Tiene el socialismo su prehistoria?*, la experiencia soviética quizá fue un primer intento, desgarrado, dramático, fallido, de construir una sociedad humanamente justa y deseable. Pero los intentos consiguientes pueden beneficiarse de saber dónde estuvieron los problemas básicos y dónde están los principales escollos que sortear. Este es el mejor homenaje que podemos y debemos hacer a aquella masa de hombres y mujeres que trabajaron con inteligencia y tesón por

imponer una sociedad deseable. Por aquellos millones de personas que tomaron la experiencia soviética como motivación para desarrollar cientos de luchas por la justicia y la igualdad en todo el planeta.

31/10/2017

**Giaime Pala**

## **Pasado y presente de la Revolución Rusa**

Este texto es el capítulo final del libro *Crisis y revolución. El movimiento obrero europeo durante la guerra y la revolución rusa (1914-1921)*, coordinado por Alejandro Andreassi y editado por El Viejo Topo en octubre de 2017. También ha sido publicado en la [página web de El Viejo Topo](#) el 23-10-2017.

\* \* \*

En un artículo publicado por el diario *La Vanguardia* el 3 de marzo de 2017, el historiador y politólogo Walter Laqueur (1921) afirmó que “hasta finales de los años ochenta existía un consenso general en el sentido de que el acontecimiento más importante que tuvo lugar en 1917 fue la revolución bolchevique. Pero, cien años después, resulta dudoso que ni siquiera el Partido Comunista de Rusia siga con gran atención el citado acontecimiento” **[1]**. En su opinión, hoy deberíamos ver que en 1917 se desarrollaron otros hechos más importantes que los que acaecieron en Rusia: por lo pronto, la carta que el ministro de Exteriores británico, Arthur James Balfour, envió en noviembre de ese año a la organización sionista de su país para comunicarle que “el gobierno de Su Majestad veía con buenos ojos la creación en Palestina de una patria nacional para el pueblo judío” **[2]**; y en segundo lugar, que en abril de 1917 Estados Unidos entró en la política mundial al declarar la guerra a Alemania. De una forma evidente aunque no explícita, pues, se da a entender que el parámetro con el cual hay que evaluar la importancia de una serie de sucesos acontecidos en un mismo año, es el de la longevidad y el éxito de sus protagonistas. De modo que la disolución en 1991 de la Unión Soviética redimensionaría à rebours la importancia de la Revolución Rusa de 1917; máxime si la comparamos con la historia de países que todavía son protagonistas en la escena internacional como Estados Unidos e Israel.

Estas consideraciones no sólo son presentistas, sino que también suenan a insinceras. Sobre todo porque son formuladas por un historiador prestigioso **[3]** que no puede ignorar que el proyecto sionista tardó décadas en concretarse y que, hasta 1947, mantuvo una tensa relación con ese mismo

gobierno británico que en 1917 declaró su voluntad de apoyarle; o que la entrada en la política mundial de Estados Unidos en 1917 no fue realizada con la intención de ejercer un papel de potencia global capaz de moldear las relaciones económicas y geopolíticas de los distintos continentes (suponiendo, aunque no admitiendo, que estuviera en condiciones de hacerlo en 1917 o incluso antes de que —como vieron *in illo tempore* economistas de la talla de Alvin Hansen, Paul M. Sweezy o Josef Steindl— el aumento del gasto militar en la Segunda Guerra Mundial sacara al país del estancamiento económico que le afligía desde 1929) **[4]**.

En realidad, la reflexión de Laqueur confirma la validez de la advertencia del filósofo Benedetto Croce según la cual “toda historia es historia contemporánea”, en el sentido de que la coyuntura política y cultural del presente termina influyendo en el juicio del historiador **[5]**. Y, en este caso, Laqueur relativiza el alcance histórico de la Revolución Rusa con el objetivo de exorcizarla o, cuando menos, de disminuir su legado en un momento en que el capitalismo atlántico sigue sin encontrar la vía para acabar de salir de la mayor crisis económica de los últimos setenta años.

Con todo, su generación, incluyendo en ella a la parte más anticomunista, nunca dudó antes de 1989 de que los acontecimientos rusos de 1917 marcaron inmediatamente un antes y un después en la historia mundial, en tanto que dieron vida a un movimiento, el comunista, que no ha sido “solamente la galería de horrores dictatoriales y de miseria moral y material al que ahora se le suele reducir: ha sido un movimiento colectivo que ha implicado la vida de millones de personas y que ha asumido con los años un carácter cada vez más diferenciado y menos unitario; que ha marcado en profundidad la historia de las relaciones internacionales y la de distintos países, fundiéndose —de varias maneras— con la especificidad de sus tradiciones nacionales y sus conformaciones sociales; que ha plasmado directa o indirectamente la organización económica, los sistemas políticos, las coordenadas culturales del mundo contemporáneo y, sobre todo, de Europa” **[6]**.

Estas consideraciones del historiador italiano Aldo Agosti apuntan a otra realidad que ni siquiera un intelectual *liberal* como Laqueur podría negar; a saber: que sin el movimiento comunista tampoco puede entenderse la historia del capitalismo del siglo XX y sus transformaciones. Pensemos, verbigracia, en la reordenación del capitalismo global pactada por los países occidentales en los acuerdos de Bretton Woods de 1944, pivotados alrededor de la progresiva apertura de los mercados internacionales, la estabilidad monetaria y el objetivo de conseguir un aumento del crecimiento y de la productividad de las economías **[7]**. Desde una posición de fuerza, el gobierno estadounidense impulsó este modelo convencido de que un capitalismo abierto habría creado

las condiciones para acrecentar el bienestar de las poblaciones del mundo, lo que, a su vez, habría atemperado los conflictos de clase que caracterizaron al mundo anterior y fortalecido las instituciones de la democracia liberal americana adoptadas por otros países a partir de 1945. En definitiva, un modelo concebido para ganar la lealtad de los trabajadores al sistema y alejarlos de las ideas anticapitalistas pregonadas entonces por la Unión Soviética y, más en general, por los partidos comunistas de todas las tendencias.

El mismo discurso se puede aplicar a la socialdemocracia europea; un espacio político que, a diferencia de lo que explicó Tony Judt en su celebrado libro *Postguerra* [8], no se movió de forma autónoma a la hora de construir potentes Estados del Bienestar en la Europa Occidental de los “Trente Glorieuses” (1945-1975), sino que promovió avanzados programas de redistribución de la riqueza también por la necesidad de competir con un movimiento comunista rival que, en algunos países como Italia y Francia, llegó a ser hegemónico en el ámbito de la izquierda y que obligó a los socialdemócratas a mantener un nivel de autoexigencia social elevado. La transformación, en los años noventa, de los partidos laboristas y socialdemócratas en organizaciones socioliberales y sensibles al monetarismo friedmaniano, nos indica que el intento de formular una política socialdemócrata en ausencia de un contrapunto comunista parece “históricamente inverosímil” [9].

Mientras duró su capacidad de encarnar una alternativa creíble al capitalismo, la Unión Soviética representó el mejor acicate para que las élites occidentales se avinieran a buscar el consenso de sus trabajadores mediante la plena ocupación, la intervención del Estado en la economía y la introducción de derechos sociales inéditos en la historia contemporánea. Y su declive corrió parejo al rearme ideológico de los partidarios de un capitalismo desregulado y agresivo. En efecto, la imposibilidad para Moscú de sostener un abultado gasto militar para hacer frente a la confrontación bipolar y, al mismo tiempo, de aumentar los bienes de consumo y la productividad del sector agrícola, le impidió afianzarse socialmente en los países de su bloque y le obligó a emplear la fuerza militar para aplacar las puntas más elevadas del descontento popular (como en Hungría en 1956 o en Checoslovaquia en 1968). Y el estancamiento económico de los años setenta, agravado por los gastos relacionados con el intervencionismo militar en África y Afganistán, además de la escasa voluntad del PCUS de democratizar la vida política de la federación, proyectaron finalmente la imagen de una URSS esclerotizada e incapaz de revertir la lenta decadencia a la que estaba sumida [10].

Quien mejor supo captar ese momento histórico fue tal vez el secretario general del Partido Comunista Italiano (PCI), Enrico Berlinguer (1922-1984), el

cual, tras el golpe de Estado del general Jaruzelski en Polonia en 1981 —y en continuidad con una crítica de los regímenes del “socialismo real” que tuvo sus inicios en la condena por parte del PCI de la invasión soviética de Praga de 1968— llegó a declarar en una rueda de prensa: “Lo que ha acaecido en Polonia nos lleva a considerar que, efectivamente, la capacidad propulsiva de renovación de las sociedades, o cuando menos de algunas sociedades, que se han creado en el Este europeo, se ha agotado. Hablo de un empujón propulsivo que se ha manifestado durante largos periodos, que tiene su fecha de inicio en la revolución socialista de Octubre, el más grande acontecimiento revolucionario de nuestra época, y que ha dado lugar a una serie de acontecimientos y luchas por la emancipación amén de una serie de conquistas. Hoy hemos llegado a un punto en que aquella fase se cierra” **[11]**.

Leídas hoy con desapasionamiento y la ventaja con nos da el tiempo pasado, hay base para afirmar que las palabras de Berlinguer señalaron con acierto la imposibilidad de que aquellos regímenes pudieran reformarse en un sentido plenamente democrático. En suma, que aún tuvieran la fuerza para regenerarse y seguir presentándose como modelos políticos atractivos para todos aquellos que aspirasen al rescate social, económico y cultural de las grandes masas de Occidente y del Tercer Mundo. Es por ello por lo que, en sus últimos años de vida, el líder del PCI luchó, incluso dentro de su misma organización, para dar vida a un tipo de socialismo que él definió como “tercera vía” entre la socialdemocracia europea y el socialismo soviético; un modelo que, basándose en la lección de Marx y Gramsci y sin renegar del legado de Lenin, supiera perseguir la superación del capitalismo sin por eso sacrificar la libertad política de los ciudadanos, y que incorporara en su visión del socialismo a los nuevos problemas civilizatorios que impedían el libre desarrollo de los pueblos: el peligro de la guerra nuclear, la crisis ecológica y el declive energético, la discriminación de género y la situación dramática de un Sur del planeta pobre y víctima de los intereses económicos occidentales **[12]**.

En opinión de quien esto escribe, el de Berlinguer fue el último intento significativo de desvincular —para salvarlo— el legado de la Revolución Rusa de la trayectoria concreta de las sociedades nacidas de ese acontecimiento. Desde luego, no lo fue la confusa e improvisada reforma gorbachoviana ni, mucho menos, la apertura de China al libre comercio impulsada por Deng Xiaoping en el marco de un capitalismo dirigista y autoritario.

Así las cosas, la suerte política e historiográfica de la Revolución Rusa recibió un duro golpe a causa del final repentino de la Unión Soviética y de su bloque en el trienio 1989-1991 **[13]**. Y el exagerado *cold war triumphalism* que experimentó Occidente después de la caída del Muro de Berlín, dificultó durante años un estudio serio y ponderado de la trayectoria del comunismo



de matriz tercerinternacionalista (y, dicho sea paso, del igual de problemático liberalismo occidental) **[14]**. Es decir, un estudio que, sin dejar de analizar sus páginas más oscuras y terribles relacionadas con el estalinismo, afrontara el reto de explicar la complejidad de un movimiento plural, que movilizó a millones de personas por la universalización del sufragio universal, la justicia social y la participación en una escena política casi siempre dominada por pequeñas élites autorreferenciales y/o protegidas por la fuerza de las armas. En una palabra, un movimiento de progreso. En otra, de emancipación. Este es el tipo de historia que reclamó aquí en España el añorado Francisco Fernández Buey en sus últimos años de vida **[15]**. Y es el que han practicado los autores del libro que el lector tiene ahora en sus manos.

## Notas:

**[1]** Walter Laqueur, “1917, un año de aniversarios”, *La Vanguardia*, edición del 3 de marzo de 2017.

**[2]** *Ibidem*.

**[3]** Autor de decenas de libros sobre la historia de Europa y de Oriente Medio en el siglo XX, Laqueur es también un estudioso de la URSS y autor de libros que, en su momento, crearon debates en la comunidad académica como *The Soviet Union and the Middle East* (1959), *The Fate of the Revolution: Interpretations of Soviet History* (1967), *Soviet Realities: Culture and Politics from Stalin to Gorbachev* (1990).

**[4]** Sobre la fenomenología histórica del proyecto sionista en Palestina en los años 1917-1947, véase: Ilan Pappé, *A History of Modern Palestine: One Land, Two Peoples*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 72-122; en cuanto al intenso debate inherente al estancamiento económico estadounidense en los años treinta, sigue siendo útil: Paul M. Sweezy, “Why Stagnation”, *Monthly Review*, 34 (1982), n. 2, pp. 1-11 (consultable ahora en red en el enlace: <https://monthlyreview.org/2004/10/01/why-stagnation/>).

**[5]** Benedetto Croce, *Teoria e storia della storiografia*, Bari, Laterza, 1963 (primera edición, 1917), p. 4.

**[6]** Aldo Agosti, *Bandiere rosse. Un profilo storico dei comunismi europei*, Roma, Editori Riuniti, 1999, pp. 15-16. La traducción al castellano es mía.

**[7]** Barry J. Eichengreen, *The European Economy Since 1945: Coordinated Capitalism and beyond*, Princeton N.J., Princeton University Press, 2007; y también: Charles S. Maier, “The world economy and the Cold War in the middle of the twentieth century”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 44-66.

**[8]** Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.

[9] Dylan Riley, "Tony Judt: una mirada más fría", *New Left Review* (edición en castellano), n. 71, diciembre de 2011, p. 53.

[10] La reconstrucción más convincente del lento declive soviético a partir de los años sesenta es la de Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008.

[11] Antonio Tatò (ed.), *Conversazioni con Berlinguer*, Roma, Editori Riuniti, 1984, p. 271. La traducción al castellano es mía.

[12] Sobre el último Berlinguer, véase: Guido Liguori, *Berlinguer rivoluzionario*, Roma, Carocci, 2014, cap. 3; y también la excelente antología de escritos de Berlinguer, editada por Miguel Gotor, *La passione non è finita. Scritti, discorsi, interviste (1973-1983)*, Turín, Einaudi, 2013.

[13] Léanse, al respecto, las interesantes reflexiones que formula David Priestland en la introducción de su *Bandera Roja: historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010.

[14] Ellen Schrecker (ed.), *Cold War Triumphalism: The Misuse of History After the Fall of Communism*, New York, New Press, 2004.

[15] Francisco Fernández Buey, "Marx e os marxismos", *Política Democrática. Revista de Política e Cultura*, año 1, n. 1, 2001, pp. 152-164.

30/10/2017

**José María Cambor**  
**I, Me, Mine**  
**(Anatomía del ego)**

*"El pez nunca descubre que vive en el agua. De hecho, como vive inmerso en ella, su vida transcurre sin advertir su existencia. De la misma forma, una conducta que se normaliza en un ambiente cultural dominante se vuelve invisible".*

## **1. Cuando uno sufre solo, el sufrimiento se multiplica por dos**

Si alguien me pisa el pie, siento dolor. Si se lo pisan al vecino, no. ¿Cómo no voy a percibir como algo más acuciante, más real, mi propio dolor? Hace mucho que sabemos que bajo esos actos que experimentamos como conscientes y libres se esconden corrientes subterráneas insospechadas,

fuerzas oscuras de la psique, que como un maligno titiritero son las que en última instancia conforman nuestra voluntad. Pero los estudiosos que se han aventurado en ese mundo subliminal con la intención de catalogarlo y etiquetarlo han descubierto que es muy esquivo y que se resiste pudorosamente a mostrarse. No obstante, aunque no sepamos muy bien con quién tratamos, todos hemos experimentado en innumerables ocasiones —quizá mejor cabría decir “sufrido”— las jugarretas de ese duendecillo que acecha agazapado en algún vericuelo de nuestra mente a la espera de encontrarnos desprevenidos para boicotear nuestros propósitos. O para derribar de un puntapié aquel castillo de naipes racional que tantas horas nos llevó edificar en torno a determinada cuestión. Cortázar se refirió a él como *misteriosos resortes y resonancias secretas*, y Freud elaboró diversas categorías interrelacionadas para tratar de atraparlo en una teoría. Sea lo que demonios sea, popularmente denominamos “ego” a esa picazón inoportuna, a esa vocecilla interior que nos acompaña y se empeña en tirar del lado opuesto al que racionalmente tratamos de dirigirnos.

Aunque no tenemos claro qué es, quizá cabría pensarlo como un *dolor*. Sería ese bebé que tenemos todos dentro, que continuamente estalla en rabietas, al que asiste la indiscutible certidumbre de que se le debe todo y él no debe nada, y está convencido como de su propia existencia de que merece que se le quiera y que no se le contradiga. El ego ve desplantes donde no los hay, inventa continuas agresiones y magnifica los pequeños agravios de los demás, mientras minimiza los propios. Sin saberlo, las lentes de sus gafas distorsionan en vez de corregir, por lo que confunde la imagen torcida que le llega del mundo con la misma realidad. Y como ignora este hecho, no admite que se cuestione tal percepción, pues, consiguientemente, considera miopía el enfoque de los demás y siente como un ataque los argumentos que se puedan oponer a su visión de las cosas sin entrar a juzgar la validez o no de los mismos. Siempre quiere ganar y quiere que pierda el otro, y le da rabia si no lo consigue. El ego es el “YO” con mayúsculas contra el “tú” con minúsculas. Y es algo muy natural, todos lo sentimos y nos acompaña siempre, tiñendo cada uno de los inputs y en consecuencia de los outputs involucrados en nuestras relaciones con los demás. Simplemente es una necesidad afirmarnos frente al otro y seguro que eso tiene su lógica adaptativa en nuestra historia filogenética. Cuando un animal se enfrenta a un entorno hostil en la naturaleza, en la que un segundo de duda puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte, no tiene tiempo de detenerse en sutilezas. A grandes rasgos, debe responder, sobre todo en situaciones extremas, a la manera de un interruptor, de forma binaria, estableciendo dicotomías muy simples, tales como “yo: bueno / lo otro: malo” y “atacar / huir”. En un segundo momento, en situaciones menos decisivas, puede abrirse paso al matiz. Pero la primera pulsión, el primer mecanismo que opera en la inmediatez es el otro. Y también es el más fuerte.

Cuando uno es pequeño, puede liberar su ego como quiere, chillando, enfadándose, llorando como un loco si no se le hace caso, pegando al niño de al lado si no le quiere dar lo que en ese momento desea, etc. Pero, a medida que nos hacemos mayores, el ego se va reprimiendo a fuerza de verse confrontado con la desaprobación de nuestros padres o de nuestros profesores, o de ser rechazados por nuestros amigos cuando nos dejamos llevar por él. Vamos aprendiendo que los demás sienten más o menos lo mismo que nosotros y tenemos que aceptar que no todo gravita en torno nuestro, y que, en el corral de la vida, somos más pollo que gallo. Y acabamos por comprender que la reacción que nos nace espontáneamente ante lo que nos ofrece el mundo puede no ser la más adecuada, y eso nos obliga a hacer un esfuerzo y revisar ese primer impulso desnudo. Nos habituamos poco a poco a que lo contraintuitivo se vaya instalando en nuestra forma de procesar los datos obtenidos del exterior y en nuestra producción de respuestas. Adquirimos consciencia de que todo lo que percibimos subjetivamente como una injusticia no tiene por qué serlo, lo que nos obliga a distinguir entre la injusticia *que de verdad se nos hace* y la que no es más que un *invento* nuestro. Y, muy a nuestro pesar, acabamos averiguando que algunas de esas injusticias reales que alguien nos hace son las mismas o muy parecidas a las que nosotros cometemos también con otros.

Pero el ego maniobra continuamente contra todos nuestros intentos de sujetarlo, tendiéndonos trampas mentales que viste con argumentos supuestamente sólidos para justificar sus insensatas pretensiones, y si no estamos alerta (lo que ocurre en la mayoría de los casos), acabamos cayendo en ellas. Racionalizamos nuestros prejuicios y practicamos continuamente ese pasatiempo tan común denominado “engañarse a sí mismo”. Porque una de las condiciones del triunfo del ego es que tenemos que estar *convencidos de que esas razones que nos damos son verdaderas*. Así que nos pasamos la vida contándonos a nosotros mismos una historia (en realidad, un cuento), y esa historia siempre suena mucho más convincente que la historia de los demás, y se va rehaciendo, modificando y recomponiendo, según nuestras necesidades del momento. Y como no necesita ser coherente —esa es una de las licencias que se permite nuestro ego: la inconsistencia interna de su discurso—, podemos sustituirla en cualquier momento, haciendo nuestra, *mutatis mutandis*, la célebre máxima de Marx (Groucho): *Estos son mis principios; si no le gustan, tengo otros*.

Que nos veamos forzados a madurar no quiere decir que nuestro ego no siga al acecho en algún lugar oscuro dispuesto a salir en cualquier momento. El suyo no es un destierro voluntario. Él sigue encastillado en sus posiciones sin ceder un milímetro de terreno. Porque la característica más definitoria del ego (no hay que olvidar que es un bebé) es que no razona, que es puro sentimiento, puro dolor. Pero, aunque sigue ahí, hemos aprendido, si bien a

duras penas, a dominarlo, a esconderlo, a tratar de camelarlo, no solo porque nuestra razón nos ha enseñado que está equivocado, sino porque, si no lo hacemos, sufriremos, y, sobre todo, los demás nos darán de lado. Si en vez de hacer eso, lo dejáramos salir y exteriorizásemos de manera habitual y sin ningún complejo lo que sentimos espontáneamente, es decir, lo guapos y lo listos que somos en comparación con el resto de personas, y lo malos e injustos con nosotros que son los demás, la gente nos tomaría, y con razón, por unos ególatras y unos paranoicos. Si manifestáramos pública y reiteradamente ese sentimiento que nos entroniza en nuestro fuero interno y empequeñece a los otros, que solo ve la razón propia porque ni siquiera se detiene a escuchar la ajena, quizá acabaríamos recibiendo más de un puñetazo. Para salvaguardar nuestra integridad física y, sobre todo, para no quedarnos aislados en una burbuja impermeable, en un solipsismo absurdo, nos vemos obligados a ejercitarnos en esa práctica tan dolorosa que es la autocrítica. Debemos permitir una cierta ósmosis, derribar parte del parapeto, tratar de entender a los demás, intentar, por difícil que sea, ver en nuestro propio ojo un poco más que paja y en el ajeno algo menos que una viga. No porque nos apetezca, sino por pura supervivencia, porque nuestro entorno nos acabaría rechazando si no lo hiciéramos así. A la fuerza ahorcan. Eso es lo bueno que tiene el *entorno*, que sirve para desactivar, limitar y matizar nuestro ego y nos enseña a abrir los ojos y VER a los demás.

## **2. Cuando uno es el único que grita, su grito es un estruendo. Cuando lo hace en medio de una multitud, se diluye entre los gritos de los demás**

Sin embargo, nuestro entorno resulta ser un arma de doble filo y muestra su lado menos amable cuando no solo no desmiente esa paranoia y esa egolatría interiores, sino que las potencia y refuerza. Esto es lo que ocurre con los niños consentidos o, como se expresa mejor en inglés, *spoiled* (estropeados). En realidad, el narcisismo y la intolerancia a la frustración no es nada más que la consecuencia natural de las circunstancias en que estos niños han crecido, el fruto que ha cosechado tal crianza. Lo raro sería que, si plantáramos un manzano, obtuviéramos melocotones. Esto es problemático sobre todo para los propios afectados. Si nuestro ego no se ve compensado por el entorno, si no hay algo que lo contenga, nos convertirá en malcriados, en gente que al llegar a la edad adulta sufre y no entiende por qué *ya* no se la trata como se *merece*, nos transformará en personas acrílicas, ciegas y sordas, incapaces de comprender el mundo.

El problema se agudiza cuando el ego desborda al individuo y vierte en la colectividad, porque su potencial lesivo crece exponencialmente. El EGO colectivo es aquel que no solo no se ve *compensado* por el entorno, sino que se ve *re-compensado*, que no solo no es reprimido, sino fomentado por él.

Sería como si ese niño mimado del que hablamos, en el momento de hacerse adulto, en vez de encontrar un freno externo a la expansión de su visceralidad, se retroalimentara continuamente de lo que lo rodea.

Y aquí pasa algo parecido a lo que ocurre con las hipóstasis trinitarias o con los avatares de Visnú: cuando el ego convoca a muchas personas alrededor de un aglutinante común, despliega varios perfiles, aunque el fenómeno subyacente a ellos es el mismo. Esas diferentes fisonomías son más o menos virulentas según el contexto en el que tengan lugar: racismo, cuando se centra en una exaltación de *mi* raza frente a las otras razas, fanatismo religioso, cuando se centra en una exaltación de *mi* Dios frente a los ateos o a los fieles de otros credos, nacionalismo, cuando se centra en una exaltación de *mi* nación frente a las otras naciones... En cualquiera de estas encarnaciones, el ego colectivo realiza una sencilla operación: privilegia un aspecto más o menos *contingente* de lo que soy y hace que trascienda del resto de mis características, convirtiéndolo en *medular* y otorgándole la posición central. Los demás atributos que me conforman pierden consistencia ante esta *dislocación*, se desdibujan. Así, puedo ser bueno o malo, tonto o inteligente, fuerte o débil, justo o injusto, egoísta o generoso..., pero esas variables no entran en la ecuación y por tanto no alteran el resultado. Es algo parecido a lo que ocurre cuando una ciencia determinada adopta una perspectiva formal ignorando aquellos rasgos del mundo que quedan fuera de ella.

Esta manera de proceder difiere de la del ego individual, que funciona como un todo y puede activarse en cualquier momento ante cualquier circunstancia. La necesidad que tiene el ego colectivo de limitar su alcance a una parcela específica (religión, raza, etc.) le viene impuesta fundamentalmente por dos motivos. El primero es que la humanidad como conjunto no es un buen recipiente para él, no puede sustentar sus pretensiones de grandeza de manera indefinida sin empezar a hacer aguas, porque acaban naciéndole disidencias por todas partes. Así le ocurrió con la Biología, que, sin la más mínima consideración, lo ubicó en el linaje de los chimpancés. O con la Astronomía, que lo apeó del centro del universo a una órbita cualquiera de una pequeña estrella en la periferia de una galaxia perdida. O con la neurociencia, que lo despojó de su alma y lo dejó huérfano de Dios. Escalón a escalón, desengaño a desengaño, se le fue descabalgando hasta descender a un lugar en el que la evidencia de su medianía se le hizo irrespirable. Por eso buscó asilo en regiones con un aire menos viciado, más pequeñas, pródigas en terrenos feraces donde cultivar fecundamente su espejismo, en las que pudiera sentirse libre de la influencia perniciosa del escepticismo y la crítica. El segundo motivo para esa necesaria fragmentación de su actividad es el más importante. El ego colectivo de la humanidad como totalidad carece de una pieza esencial, en realidad, de su piedra angular, de la savia primordial

que nutre a todo ego: *el otro*.

El ejemplo más claro es el del nacionalismo (aunque los mecanismos del gregarismo son centrales también a las demás manifestaciones). Si resulta que mi entorno, las personas que me rodean, no solo no me dicen que no soy el mejor ni el más guapo ni que no es cierto que los demás sean malos conmigo en tanto que yo soy bueno con ellos, sino justamente lo contrario, entonces, el ego, ya de por sí tendente a pensar eso, se desboca. Y tal cosa, sin que yo sea consciente de ello, supone una liberación. Ese ego colectivo es el bendito lugar donde puedo resarcirme del dolor acumulado a lo largo de los años al tener que combatir mis ansias naturales de elevarme a los altares, el bálsamo que mitiga tanto tiempo considerándome maltratado e incomprendido. Es en ese ego común donde puedo volver a encontrarme y satisfacer todos esos impulsos reprimidos, toda esa frustración, todo lo que se me ha negado en la vida. ¡Ahora ya puedo redistribuir sin reservas la culpa a mi antojo y según mi conveniencia! ¡Por fin mi duendecillo interno puede dejar de esconderse! Porque mi entorno, los demás (al menos, los que me importan, los más cercanos) lo ven como yo. Si tantos vemos lo mismo, no podemos estar equivocados. Por fin podemos redimir a nuestro ego y no solo sufrirlo en silencio, sino gritarlo al viento. Podemos salir a las calles, cantarlo y compartirlo catárticamente con una multitud que se une en esa purificación mágica, en ese revertir el dolor de la madurez y el crecimiento, en ese *deshacerse de la dañina necesidad de contemplar al otro como alguien esencialmente igual a mí*. Ahora mi YO se transforma en NOSOTROS, y solo *nosotros* nos bañamos en esas aguas primigenias, en ese amnios común, que nos congrega a los elegidos. Y esa facultad que se me confiere de ensalzarme, de liberarme de las constricciones impuestas a mi sentimiento de superioridad, se propicia en mí desde muy temprana edad, como cuando de pequeño me enseñaban a sujetar mi ego, pero a la inversa. Acontece epitelialmente, por absorción continua e inadvertida, y se va extendiendo gradualmente hasta hacerse conmigo a través de multitud de microgestos cotidianos que van calándome y dando forma a mi modo de percibir el mundo. Como cuando, entre muchos otros ejemplos que podrían ofrecerse, mi padre me lleva al fútbol y grita consignas iracundas contra el equipo contrario y canta loas conmovedoras a favor del propio. Y esas narrativas acerca de algo contingente (en este caso mi equipo de fútbol, el fragor de la grada) se van naturalizando en mí de manera irreflexiva. Mi entorno potencia ese ego colectivo en el momento en que crezco para que crezca conmigo, como mi propio idioma, como mis propios ademanes, como una segunda piel. Así, cuando sea mayor, como ocurre con la lengua materna, que aprendí de niño y siempre va conmigo, también me acompañará este ego colectivo, y al igual que supondrá para mí un esfuerzo considerable aprender de mayor un lenguaje foráneo, me resultará difícilísimo entender la visión del otro, comprender que él también tiene un ego colectivo desbordado, tan absurdo e

inconsistente como el mío. Y, como en un idioma que no comprendo, las palabras del otro, sus argumentos, me sonarán a *chino*, y no solo no los entenderé, sino que ni siquiera los querré oír. Y aunque quisiera no podría, pues las razones ajenas devienen murmullo inaudible que se pierde en el clamor de *nuestra* canción. Ahora, con este ego colectivo, a diferencia de lo que ocurría con mi ego personal, me siento libre. Y, aunque a primera vista pueda parecerlo, este ego no es esencialmente distinto al individual. No se trata de un sentimiento que “comparta” con los demás (porque el sentimiento, por naturaleza, es algo fisiológico, algo que solo se puede experimentar individualmente), sino del mismo bebé que se siente superior, que desea todo y lo desea ya, pero que, en un determinado ámbito de ese deseo, no solo no tiene que reprimirlo, sino que puede expresarlo, y además sin necesidad de buscar ninguna justificación. Ahora ya puedo, no solo pensar, sino también gritar, que soy mejor que los demás, que los otros son malos, que me lo deben todo, que no me entienden, que no me merecen. Porque las gentes que tengo a mi alrededor, los que *son como yo*, no solo no me van a rechazar y a decir que soy un ególatra, un paranoico o un iluminado, sino que me van a apoyar, van a gritar conmigo y van a fundirse en ese crisol maravilloso e infinito que es el AMOR A UNO MISMO. Y no solo eso, sino que podré fabricar cosas (banderas, canciones, etc.) que lo simbolizen. Si hubiera hecho eso con mi ego particular, se habrían reído de mí, pero haciéndolo ahora bajo el paraguas de este ego colectivo, no solo no se ríen, sino que me animan y comparten esa simbología que explica al mundo lo estupendo que soy.

### **3. *Credo quia absurdum***

Solo hay una manera fiable de edificar nuestro conocimiento y es mediante la intersubjetividad, a través del cotejo sistemático de nuestra experiencia y razonamientos con los de los demás. Ese es el único faro que nos evita extraviarnos en la oscuridad de nuestras propias fabulaciones. Pero como ese *feedback* continuo cuando se aplica al campo del ego colectivo funciona en un circuito cerrado, selectivamente, es decir, *solo proviene de mi grupo*, produce unos efectos insólitos en la forma en que construyo mi visión del mundo. Uno de los más extraordinarios es que me faculta, al igual que le ocurría a Alicia, a atravesar la madriguera para vivir en un universo paralelo. Es más, como hunde sus raíces en los terrenos abisales de la emoción compartida, lejos de la molesta luz de la razón, puede permitirse, al cocinar su guiso, no solo aflojar los cabos que tratan de amarrarlo a la realidad, sino derogarla completamente, abolir los requisitos epistemológicos para cosechar verdad y entronizar en su lugar al pensamiento desiderativo. Eso permite, por ejemplo, que todo lo que se pueda asignar a ese ego colectivo se me comunique por arte de magia a mí, eucarísticamente. Así, si un connacional mío es premio nobel de matemáticas, me transmite el premio y el mérito del mismo



(independientemente de que yo conozca o no los rudimentos de la aritmética o me importen un comino), si gana mi equipo de fútbol, gano yo (independientemente de que sea capaz de chutar un balón), y si hace mil años un tipo (inventado o no, eso es lo de menos) asociado a mi ego colectivo hizo algo bueno (da igual que no lo fuera, o que no lo fuera para otros) se me traspasa automáticamente parte de su gloria. Y viceversa, por arte de birlibirloque, las cosas malas que hicieron gentes vinculadas a mi ego colectivo desaparecen como si nunca hubieran existido y no me tocan, no me representan, no me manchan, no tienen nada que ver conmigo. ¡Es maravilloso! Ese diálogo interior, esa historia que me contaba continuamente a mí mismo, ahora nos la contamos unos a otros de manera coral y la repetimos cual mantra goebbeliano, y la denominamos *Historia*. Y convertimos la Historia en el más eficaz eslogan publicitario, aquel que va dirigido al mismo público que lo produce. Y aquí también utilizamos tijeras y pegamento para cortar lo que no encaja y añadir lo que conviene, pero, al contrario de lo que ocurriría si lo hiciera con mi ego particular, en el colectivo, no solo puedo inventarme cosas, sino que, además —y esto es lo novedoso y liberador—, expresarlas sin temor ni subterfugios; aquí sí puedo decir que todo lo que “he hecho”, “mi” recorrido a lo largo de las centurias, ha sido glorioso, épico, geológico, mucho mejor que la Historia de los otros. Si yo fuera diciendo por ahí que mi biografía es genial y haciendo monumentos a los momentos maravillosos en los que hice esto y aquello, la gente me diría que estoy chiflado, que muchas de las cosas que hice no ocurrieron como las cuento y que algunas de ellas, en vez de ser algo encomiable, fueron reprobables, y que eso que me puso tan alegre a mí hizo daño a otras personas, y que, en definitiva, soy un cretino. Sin embargo, con el ego colectivo, sí puedo hacerlo impunemente y repetirlo hasta la saciedad. Levanto monumentos a esa historia inmaculada y fabulosa (en ambos sentidos de la palabra) que narra mis hazañas y refuta las de los demás, y me apoyo en numerosos eruditos, afectos a la causa y alumnos aventajados de la distopía de Orwell, que se afanan incansablemente en buscar argumentos en pro de lo extraordinario que soy y en echar por tierra los de los que se atreven a negarlo. Y esta memoria selectiva y maquillada se dota en el ámbito de la amnesia colectiva de una inmunidad de la que no goza en el de mi olvido personal, porque este es continuamente refutado por la memoria de los otros y aquella no. Aquí no solo puedo, si me place, inventarle rabo al perro de san Roque, sino también aseverar, sin pararme a distinguir si es verdad o no, que lo que dicen los demás son mentiras, y permitirme creer a pies juntillas aquello que afirman los que con sus palabras me sostienen. Contemplo a los otros cuando cantan gozosas alabanzas a su ego colectivo como personas disparatadas y pretenciosas, mientras que reconozco en los que ensalzan y glorifican el mío a gente juiciosa y veraz. Y si, individualmente, tengo un complejo de inferioridad, porque mi ego se ha visto herido por los demás, porque quizá no me atreva a mostrarme a ellos por miedo a que no sepan valorarme, por

temor a que me rechacen, el ego colectivo me limpia y libera una vez más, ya que en él se diluye mi inferioridad y, al ser parte de esa imagen colectiva, de esa esencia perfecta, mis errores se desvanecen y mis defectos se borran.

De esa olla pueden salir guerras, odio, muerte, lo que sea. Da igual. Ahora no están mis padres o mis maestros o mis amigos para decirme que no soy el mejor y que no puedo quererlo todo. Ahora quien me dice eso es el enemigo. Y ese enemigo, al que deshumanizaré, porque es algo diferente a mí, algo distinto a mi ego, solo podrá inspirarme dos cosas: odio o temor. Y, sin que lo reconozca públicamente, crecerá en mí el deseo —aunque solo sea en forma de ensoñación— de exterminarlo. Pero mi ego colectivo ignora que necesita a ese enemigo, porque sin él, sin *el otro*, simplemente dejaría de existir. Y también ignora que, paradójicamente, esa expansión irrefrenable, ese ser parte del todo frente a lo otro, en vez de ensancharme, de hacerme más grande como individuo (que, a fin de cuentas, es mi más oscura pretensión) imprime en mí cierta cualidad ovina, me convierte en un simple vector más de un sistema de fuerzas que apuntan todas a un mismo lugar. Me atomiza, me empequeñece, hace de mí algo más mezquino y, sobre todo, menos sabio. Asimismo, mi ego desconoce que se encuentra en una *situación especular*, que ese *otro*, ese enemigo, pertenece a un colectivo sujeto a las mismas dinámicas que el mío, y que, si yo hubiera sido socializado en él, insertado en su núcleo en el mismo momento en el que lo fui en mi propio colectivo, en el momento más vulnerable de mi vida, cuando apenas era mayor que un grano de arroz, cuando me hallaba *imantado* y todo lo *engullía*, ahora, en estos instantes, mi enemigo sería precisamente *yo*. Pero como no fue así, sino que el azar me situó en otro lugar, mi enemigo es ese que yo sería: el *otro*.

Y si ese enemigo es muy fuerte, sufriré, y ese dolor terrible que supone el hecho de que se me lleve la contraria, que no se me entienda, que no se me trate como merezco, se enquistará en mis vísceras y me llenará aún más de odio, y acumulará en mí rencor y resentimiento. Entonces volveré a ser aquel niño que explota en una rabieta terrible, porque no le dejan la pelota del otro niño, y quiere que se muera ese niño y que se mueran los profesores y que reviente el mundo y que le comprendan de una vez y dejen de hacerle sufrir. En el peor de los casos, en el escenario más extremo, me convertiré en un terrorista y estallaré por el aire llevándome conmigo al mayor número de personas injustas y malvadas que no han sabido entenderme y que me han *atacado* injustificadamente (aunque yo diré que lo hago porque han pecado contra Dios). Y antes de morir pensaré que por fin se hace justicia. Y en el menos malo de los casos, aquel en que no lleve mi agresividad a las últimas consecuencias, me convertiré en una persona resentida, acrítica, incapaz de comprender a los demás, y dispuesta a perpetrar contra otros las injusticias que real o imaginariamente alguien ha cometido conmigo.

#### 4. Mirar a los ojos de la Gorgona

Naturalmente, ni todo es igual ni nada ocurre porque sí, y si en este escrito se meten en el mismo saco diversos fenómenos, es únicamente a efectos aproximativos. En ningún caso se busca ofrecer una explicación reduccionista de los mismos, ni se insinúa que lo que aquí se llama *ego* agota toda la vida psíquica inconsciente. Es solo una tentativa muy limitada de encontrarles un mínimo común denominador, reconociendo que, a medida que se acerca uno a un objeto, se va perdiendo perspectiva del mismo, por lo que, cuando el objeto es el propio instrumento de percepción, la perspectiva tiende a cero. Lo único que se pretende es poner en cuestión ciertos relatos naturalizados por las gentes de manera inadvertida, originados y mantenidos en compartimentos estancos tanto a la crítica externa como a la interna. Eso no significa que los procesos cognitivos involuntarios de categorización e identificación sean en sí anómalos —todo lo contrario, es nuestra manera de relacionarnos con el mundo— ni que el sentimiento de pertenencia al grupo no sea funcional en el desarrollo psicoafectivo de la persona. Es más, hay factores que pueden no solo explicar, sino en alguna medida *excusar*, que ese ensimismamiento, a priori normal, se convierta en patológico en algunos individuos y en algunas comunidades. Por ejemplo, en el caso individual, que obedezca a mecanismos de compensación del sujeto si, por ejemplo, este ha sufrido en la etapa de formación una minusvaloración proveniente de su entorno. O, en el caso de ese repliegue tribal exacerbado de algunas comunidades, que responda a procesos de aculturación de sus miembros o a contextos de hostilidad o explotación de la comunidad propia por parte de otros grupos. También hay que tener en consideración lo difícil que es eludir la vis atractiva de estos fenómenos que penetran capilarmente el tejido social, y lo cuesta arriba que puede llegar a hacerse el marchar con el paso cambiado. Es precisamente esta dificultad de hurtarse consciente o inconscientemente a esas poderosas fuerzas centrípetas ubicuas en nuestra cotidianidad lo que explica la adhesión de tantos individuos a sus posicionamientos maximalistas y la adopción de patrones de conducta que les son propios (ya sea por mimetismo, introyección, presión del entorno, violencia simbólica contra el disidente, etc.). A veces, ir a contracorriente resulta caro. Asimismo, no todas las manifestaciones de gregarismo visceral son igual de nocivas. Pero, aunque se pueda (y se deba) hallar explicaciones a cada una de estas dinámicas perversas, convendría tener presente, aunque no siempre sea fácil hacerlo, que explicar algo, o incluso disculparlo, no significa en modo alguno *justificarlo*. Vivir en una mentira no es difícil y forzarse a ver la realidad duele. Por eso nos resistimos con uñas y dientes cuando alguien hace ademán de arrebatarnos las anteojeras, como si estuviera intentando obligarnos a mirar a los mismísimos ojos de la Gorgona. Y como es inútil tratar de sustraernos a nuestra propia naturaleza, no nos queda otra que acostumbrarnos a vivir con ella. El ego es parte de la

condición humana. El problema no es tanto la existencia del monstruo como su *invisibilidad*. No podemos pretender que únicamente exista Jekyll, pero sí esforzarnos proactivamente por desenmascarar a Hyde.

**[\*]** "I, Me, Mine" es el título de una canción de los Beatles.<sup>4</sup>

10/10/2017

## **E**l extremista discreto

### **El Lobo Feroz**

#### **El esperpento de nunca acabar**

La mayoría independentista en el Parlament de Cataluña proclamó su Declaración Unilateral de Independencia: un brindis al sol cuando ya se sabía que la autonomía iba a ser intervenida. Luego, estos pacifistas entonaron su *Bon cop de falç*. En la calle sus partidarios manifestaban su alegría: una alegría no política —que no tendría sentido—, sino, por bien decir, *religiosa*. Creo que en el futuro el independentismo catalán podrá ser estudiado como un fenómeno religioso de relevancia política. Y habrá tesis doctorales por un tubo, que los estudiosos se agarran a los temas como a un clavo ardiendo.

¿Creían los dirigentes independentistas en lo que habían emprendido? De ser así, la estupidez se habría encaramado al poder. No podían ignorar que nadie reconocería la independencia —toda Europa les fue cerrando la puerta en las narices—, y que sin reconocimiento no eran nada; no podían ignorar la catástrofe económica que generaban —sobre todo el tal Junqueras, al que la prensa da por leído—. Y no podían ignorar, por encima de lo demás, al Estado español: un poder con recursos de todo tipo superiores al suyo.

Sin embargo, todo indica —lo revelan abundantes conversaciones privadas aparecidas en la prensa— que los dirigentes independentistas sabían perfectamente que la independencia catalana no podía ser alcanzada por las vías de hecho elegidas. Y sin embargo las eligieron. ¿Trataban de este modo de crear un apoyo popular para tapar las vergüenzas de la corrupción en Convergència? Por supuesto, también eso, pero eso no es lo principal. Lo principal ha sido la creación de un seguimiento de masas para una finalidad imposible. La Declaración Unilateral de Independencia será su Evangelio, su última referencia religiosa en su martirológica historia. Por el camino han añadido a su panteón algunas víctimas más: los Jordis, y los que vendrán cuando los jueces pongan a los actores principales en su punto de mira (aunque la mayoría se irá de rositas). Santos menores —beatos, en realidad— que añadir a Pau Clarís, a Rafael de Casanova, e incluso a una víctima que se las compuso para serlo de veras: Ll. Companys.

Se habla de relato. En rigor habría que hablar de credo. Con el credo ha movilizad el independentismo y con el credo movilizará. Ha conseguido que Cataluña sea más que una nación: son dos, dividida. Y se irá descendiendo al pozo económico-social hasta que la fe religiosa de los fieles tope con el fondo del bolsillo: entonces bajará el *soufflé*.

¿Y al otro lado? Porque este esperpento tiene dos caras. Al otro lado estaba Rajoy. El del *sentido común* que desencadenó la campaña contra los productos catalanes, tan ignorante que no sabía o no quería saber que los productos catalanes, en su composición y/o en su puesta a disposición de los usuarios, son productos *mestizos*, que se elaboran con materias primas de toda España y que se distribuyen por toda la península. ¡Boycoteaos a vosotros mismos! —hubiera debido arengar, con todo su *sentido común*—. Pero eso le proporcionaba votos entre su indocumentada clientela. Como le daba votos al PP reunir quinientas mil firmas contra un *Estatut* votado por poca gente y recortado en el Congreso de los Diputados. Y recurrido por Rajoy ante un Tribunal Constitucional cuya composición él mismo manipulaba porque eso, para él, es de *sentido común*.



Los dioses son poco clementes. Probablemente nos librarán de Puigdemont, pero es difícil que nos libren del piadoso Junqueras y me temo que no nos librarán del gallego Rajoy pese a toda la corrupción de su partido. Más vale espabilar. Mucha gente también ha salido a la calle, ahora con la bandera bicolor y el escudo. Los chinos ya no venden *estelades* porque todas están vendidas. A mí no me gustan nada las banderas, pero tal como van las cosas, acaso haya que salir con una, como si fuera el DNI. No sé si con la tricolor republicana o con la roja.

30/10/2017

## Cantaclaro

### Consignas asesinas: patriotas o hinchas

El fútbol modela nuestras vidas. Especialmente las del género masculino. Los hinchas de fútbol suelen vivir en un mundo bicolor. O eres blaugrana o eres merengue, merengue o rojiblanco... Los del otro equipo son simplemente el enemigo. Por esto proliferan los insultos en los campos de fútbol (mayormente de corte machista y racista). Y por esto no es raro que entre los seguidores más entregados se encuentren los componentes de formaciones ultras, los que a veces pasan de la guerra verbal a la paliza. (En Barcelona el 10-O, al final de la manifestación en defensa de la unidad de España, se produjo una

pelea entre, sorprendente, hinchas del Valencia y del Athletic.)

Ya se sabe que el deporte en general y el fútbol en particular han contaminado nuestras vidas y han convertido en una competición muchas actividades que más bien deberían propiciar la cooperación (como la producción científica). Y que propenden a favorecer una actitud de desprecio al rival en numerosos ámbitos de la vida social (con el refuerzo de estos debates televisivos en que lo importante es evitar que el rival pueda expresar un discurso mínimamente racional).

No podía faltar esta contaminación en el conflicto catalán. Hay dos “consignas” que han tenido éxito en cada uno de los campos.

Una, por obvia, el “A POR ELLOS” dedicado a la policía enviada a Catalunya a reprimir el referéndum. Directamente sacada de la movida futbolística. Y que parece que fuera la música de fondo que animó a muchos policías a aporrear a ciudadanos pacíficos y a “trinchar” unos cuantos colegios y otros equipamientos.

Pero la respuesta independentista no es menor. En las manifestaciones posteriores se ha oído insistentemente “ELS CARRERS SERAN SEMPRE NOSTRES” (“Las calles siempre serán nuestras”). Un verdadero canto a la defensa del territorio propio y a la exclusión de los demás. Totalmente opuesta a las viejas consignas de “La calle es de todos”, de la defensa del espacio público como un lugar de mezcla y libertad.

Y es que ya se sabe: a los hinchas no les gusta el fútbol. Solo que gane su equipo, aunque sea por fallos del árbitro.

30/10/2017

## La Biblioteca de Babel

Almudena Grandes

**Los pacientes del doctor García**

Tusquets, Barcelona, 2017, 763 pags.

### Siempre acabamos perdiendo



Muy bella y esplendorosamente editado, este libro es la cuarta entrega de los "Episodios de una guerra interminable" con los que la escritora madrileña Almudena Grandes novela la historia española en la guerra civil y en la postguerra. El esfuerzo de utilizar la ficción para narrar la realidad histórica española, como hizo Galdós, va más allá de la lectura de actualidad y, al igual que los *Episodios Nacionales* de Galdós, ese esfuerzo será sin duda agradecido por lectores de generaciones que aún no han nacido.

La autora introduce en *Los pacientes del doctor García* personajes de ficción y convierte también en personajes a personas reales con sus nombres y apellidos. Pero el argumento de la novela complica las cosas: muchos de los personajes principales cuentan con dos y hasta tres identidades falsas —se agradece que al final de la novela haya un listado de ellas, al que se puede recurrir fácilmente gracias a la señal en forma de cinta azul que ofrece la edición—. El argumento es complejo y se desarrolla en diversos momentos y lugares, pero su eje principal está constituido por el intento del gobierno republicano en el exilio por desacreditar ante la ONU al franquismo que facilita la impunidad, la huida y la ocultación de criminales de guerra nazis, en complicidad con el gobierno de Perón, y detectar el tráfico de bienes robados —pinturas, otras obras de arte— con que se financian los nazis impunes.



Almudena Grandes ha realizado un trabajo enorme para reconstruir con verdad los acontecimientos y las tramas: detrás de este libro hay un inmenso trabajo de estudio, de historia. Por otra parte el libro constituye una defensa activa de los valores democráticos republicanos.

Desde el punto de vista meramente literario, si hubiera que comparar con algo esta novela habría que decir que supera a las mejores de Le Carré. Almudena Grandes escribe con su habitual estilo directo y natural. El libro invita a ser *devorado*. Eso, como señalaba Walter Benjamin, es lo que hay que exigir de una verdadera novela.

J.-R.C.  
23/10/2017

**José Luis Cancho**

**Los refugios de la memoria**

papelesmínimos, Madrid, 2017, 85 pags.

### **Escuchar la propia voz interior**



Formalmente se trata de un libro autobiográfico. Solo recorreré ese relato para que el lector sepa qué puede tener entre las manos. A J. L. Cancho (Valladolid, 1952) la policía política franquista le detuvo por primera vez a los 17 años: en el instituto donde estudiaba habían aparecido octavillas del sindicato democrático de estudiantes y el director le señaló a la policía porque había estado en el extranjero. A partir de ahí las detenciones menudearon. El 18 de enero de 1974 cayó al vacío desde el tercer piso de la Comisaría de Fachadolid. No sabe, no puede recordar, si los sicarios de la BPS le tiraron por creer que le habían matado o se tiró él para escapar a la tortura. Fue largamente hospitalizado. El testimonio de un guardia decente les valió

un procesamiento a sus torturadores, pero no fueron juzgados al aplicárseles la Amnistía política de 1977, que no se limitó a los delitos políticos sino que fue extendida a las torturas y al genocidio. Cancho era entonces militante de un pequeño partido político de la izquierda comunista.

La vida de Cancho prosigue con experiencias más contraculturales que políticas que no se relatarán aquí, salvo recordar que en los años siguientes resonaban los ecos de la generación *beat*. Pero lo notable, lo excepcional de este libro no son los pasos de un relato, sino la búsqueda del autor de su verdadera voz interior, del desasimiento, del estar presente consigo mismo. Algunas de las escuetas confesiones de Cancho hacen pensar en las de Agustín de Hipona, pero las más de las veces el autor se alinea más bien, a mi modo de ver, con Juan de la Cruz y los escritores espirituales. Su prosa es desnuda, evita las anécdotas tanto como los adjetivos. Y el lector, en este mundo de vorágine, de señales confusas por todas partes, puede detenerse, escuchar también su voz interior.

Se trata, en suma, de un libro especial, único, muy valioso, cuya lectura merece ser recomendada muy calurosamente.

J.-R.C.  
15/10/2017

## **E**n la pantalla

**John Berger**

### **Che Guevara muerto**

El martes 10 de octubre de 1967, una fotografía fue transmitida al mundo para probar que Ernesto Guevara había muerto el domingo tras un enfrentamiento entre dos compañías del Ejército boliviano y una fuerza guerrillera sobre la ribera norte del río Grande, cerca de una aldea en la selva llamada Higueras. La foto de su cadáver fue tomada en un establo en la pequeña población de Vallegrande. El cuerpo fue puesto en una litera y ésta, sobre una pileta de cemento.

Durante los dos años precedentes, “Che” Guevara se había vuelto una leyenda. Nadie sabía a ciencia cierta dónde estaba. No había testimonios convincentes de nadie que lo hubiese visto. Su presencia, sin embargo, era constantemente asumida e invocada. Al comienzo de su último comunicado —enviado desde una base guerrillera “en algún lugar del mundo”, a la Organización Tricontinental de Solidaridad en La Habana— se citaba un pasaje de José Martí, el poeta revolucionario cubano del siglo XIX: “Es la hora de los hornos y no ha de verse más que la luz”. Fue como si, en su propia y manifiesta luz, Guevara se hubiera vuelto invisible y a la vez omnipresente”.

**[Fuente: Jaén, Ciudad Habitable]**

10/10/2017

## **D**e otras fuentes

### **Juan-Ramón Capella**

#### **Por un derecho consensuado de libre determinación en una España federal**

No se hablará aquí de las intransitables *vías de hecho* para conseguir la independencia de Cataluña. Ni tampoco de las variantes históricas de esas *vías de hecho*, aunque mencionaré la que originó la Guerra de Secesión norteamericana y las de los estados bálticos, con el apoyo de la Otan, en el proceso de disolución de la Unión Soviética, y análogamente la de Croacia. No hacen al caso catalán. La Otan no apoya la secesión de Cataluña.

El derecho de autodeterminación sólo es aplicable a las colonias, y Cataluña jamás ha sido una colonia. Existe sin embargo otra posibilidad, señalada por Claus Offe: una comunidad, en asuntos que la afectan a ella misma y solo a ella, tiene derecho a decidir por sí misma. Es lo que se llama *derecho a la libre determinación*. ¿Podría ser reconocido este derecho a los ciudadanos de Cataluña? No exactamente, pues la libre determinación afecta al *todo* y no solamente a una *parte*; pero sí por cercanía y aproximación, lo que impondría variantes importantes. Examinémoslo adoptando la perspectiva de cambios constitucionales en España en plazo no muy lejano.

Cataluña hoy no es una nación sino dos. Está dividida. Eso es para la gente, para las personas, un problema angustioso o una frustración, acaso más graves que el desafecto de una de esas fracciones no tanto hacia España y los españoles como al Estado central. Por ello merece la pena explorar lo que llamo aquí un derecho de libre determinación *consensuado*, susceptible de desactivar el enconamiento del problema.

Canadá, un estado con varios y recientes cambios constitucionales (el penúltimo en 1982) y territoriales, aceptó en 1995 la simple libre determinación de Quebec, con resultado negativo. Desde 1997 Canadá es definido como un estado unitario por su Tribunal Constitucional.

Una hipotética secesión de Cataluña no es asunto que solamente le afecte a ella misma: afectaría también, obviamente, al resto de España. Por eso no encaja exactamente con el supuesto del derecho a la libre determinación. Pero podría encajar en un derecho de *libre determinación consensuado* si una precisión razonable de lo que se puede exigir para ejercer tal derecho resultara convincente para la mayoría de los ciudadanos españoles y obtuviera su necesario *consenso*.

Hay problemas, lo señalaba Antonio Gramsci, graves y complejos que no se pueden resolver mediante la formación de simples mayorías. En este caso minorizar al otro genera división, lucha social y sobre todo sufrimiento. En situaciones así, la superioridad débil de una mayoría, cualquiera que sea, sobre una minoría se ha de ver más bien como un síntoma de la inmadurez o unilateralidad del planteamiento del problema. Para que éste madure, se complete y sea soluble es preciso recurrir a procedimientos que impongan ritmos pausados de desarrollo a la cuestión controvertida.

En lo que sigue trataré de formular esa necesaria *precisión* del derecho de libre determinación consensuado.

Para empezar es necesario, como se ha dicho, el *consenso* del conjunto de la ciudadanía, con rango constitucional. La primera tarea consiste pues en dar razones legítimas para que una mayoría de ciudadanos constitucionalice ese *consenso*.

Eso supone una gran campaña de argumentación política y de debate para dar a comprender la necesidad de los cambios constitucionales a poblaciones poco sensibles hasta ahora a la necesidad de estructurar también constitucionalmente la diversidad cultural de España.

Viene a continuación una determinación posible (son imaginables técnicamente otras) de las condiciones para el ejercicio del derecho de libre determinación en una de las comunidades constitucionales.

1. La solicitud de ejercicio de ese derecho en una comunidad ha de proceder de una mayoría de una legislatura del parlamento de esa comunidad, legislatura que habría de finalizar automáticamente por ese acto para que dicha solicitud pudiera ser ratificada, eventualmente, por la legislatura siguiente. Eso garantiza, al recurrir efectivamente a elecciones, una voluntad *sostenida* de ejercer ese derecho.

2. Se debe exigir que cualquier decisión refrendada de cambio del *statu quo ante* sea efectiva y realmente *mayoritaria* entre la población: en asuntos de derechos —como es el estatuto de la ciudadanía— es injusto e impolítico dividir por la mitad o por estrecha mayoría a las gentes. Los cambios, sensatamente, se pueden dar, pero sólo merced a mayorías amplias. Éstas pueden ser referidas al censo electoral —80% de participación al menos— y no a los votantes, o bien a éstos, pero con mayorías cualificadas —del 55%, al menos, p.ej.—, o incluso a ambas cosas, o en todas y cada una de las provincias de la comunidad autónoma.

3. En tercer lugar, se debe exigir que una hipotética institución política nueva

reconozca constitucionalmente los derechos que ya tienen los ciudadanos y respete los de las minorías, incluido también el derecho de libre determinación mismo, o sea, la reversibilidad del cambio institucional.

Estas tres condiciones deberían bastar para *consensuar* la inclusión de un derecho de libre determinación en una propuesta de cambio constitucional federal sometida a la aprobación de la ciudadanía. **Y se puede hacer sin reconocer soberanía distinta a la común de todos los ciudadanos.** El *derecho de libre determinación consensuado* sería jurídicamente la controlable delegación a una *parte* de la ciudadanía, por el detentador de la soberanía —o sea, del *todo*—, siempre a condición de la observancia estricta de un conjunto de condiciones muy preciso, de una capacidad decisoria que afecta al *todo y a la parte*.

Comprobada por las instituciones del *todo* la legalidad del conjunto del proceso llegaría el momento de reconocer su resultado por parte del Estado.

Y si finalmente ese reconocimiento hubiera de dar lugar a una nueva soberanía, ésta, además de la posibilidad de declararse independiente y ser arrojada a las tinieblas exteriores económicas por la Unión Europea, tendría también la de asociarse de algún modo a España, en forma de estado asociado o confederado, con lo que esquivaría esa posibilidad.

[Fuente: *InfoLibre*, 31 de octubre]

31/10/2017

## Manuel Atienza Un momento hobbesiano

Mi vecina, una señora culta, de trato exquisito y preocupada lógicamente por los últimos acontecimientos en Cataluña, me pregunta, al cruzármela por la calle, que qué pienso yo de la situación actual y, en particular, si creo que Rajoy ha dejado que las cosas hayan ido demasiado lejos. Le contesto, de manera apresurada, que los principales responsables de la situación de caos creada son, naturalmente, los independentistas catalanes (no sólo los dirigentes políticos del movimiento) y que Rajoy es un político corrupto e incapaz, que ha contribuido también de manera no desdeñable a crear una situación de caos que quizás pudiera dar lugar al cabo de un cierto tiempo a un “momento hobbesiano”. Trataré de explicar lo anterior de manera breve.

La responsabilidad del independentismo constituye lo que un procesalista llamaría un hecho notorio, o sea, una afirmación para cuya aceptación no se necesitaría prueba alguna, puesto que constituye simplemente una evidencia.

Pero el problema es que mucha gente (sobre todo, gente de izquierda) no lo ve así, precisamente porque ha sido abducida por la ideología del nacionalismo. La tragedia de la izquierda en España, y desde hace ya tiempo, tiene mucho que ver con su deriva nacionalista. O sea, en lugar de defender los valores propios de la izquierda (la igualdad, los derechos sociales) los partidos “progresistas” se han centrado en los —llamémosles así— “valores identitarios”, perdiendo de vista que los nacionalismos (todos los nacionalismos) son ideologías perversas y basadas en último término en la exclusión. Y claro, la situación es todavía más calamitosa cuando al anterior extravío nacionalista se le une (como es el caso de Podemos) la perversión del populismo.

Por lo que hace a Rajoy, yo creo que hay (que ha habido) algo todavía peor que la corrupción en la que indudablemente está envuelto y peor también que su tendencia al inmovilismo. Me refiero a su contribución (y en este caso no por medio de omisiones, sino de comportamientos bien activos) a destruir las instituciones. Ejemplos palpables de ello son: su toma de posición militante (y agresiva) contra el Estatuto de Autonomía de Cataluña; su empeño en nombrar como magistrados del Tribunal Constitucional a personas que sólo podían contribuir a arruinar el prestigio de ese órgano (recuérdese el caso Enrique López); y su política (implementada por el ministro Catalá) destinada a erosionar en la medida de lo posible la independencia del poder judicial (en sentido amplio). Sobre esto último, las actuaciones de Rajoy me hacen recordar una famosa anécdota que se cuenta del presidente Eisenhower. Cuando terminó su mandato, un periodista le preguntó que cuál había sido el principal error que había cometido como presidente, y él respondió que habían sido dos, y citó el nombre de dos magistrados de la Corte Suprema de los Estados Unidos a los que él había propuesto por su trayectoria conservadora, pero que, una vez en el cargo, se habían alineado con los magistrados de orientación progresista. Bueno, los dos “errores” de Rajoy en la materia han consistido en nombrar, como fiscales generales, a dos profesionales (Torres Dulce y Madrigal) que tenían las condiciones de imparcialidad, prestigio en la institución, etc. para serlo. Y de ahí que se viera obligado luego a corregir esos errores con los dos últimos nombramientos que, sin duda, el lector recordará.

Y paso ya a lo del “momento hobbesiano”, que obviamente hace referencia a una idea que puede extraerse de la obra de quien fue el primer teórico del Estado moderno: Thomas Hobbes. Se trata de que el pacto social tiene como su causa más determinante el miedo, el temor por todas las partes implicadas a sufrir una gran pérdida. Yo creo que esa fue en realidad la clave que explica la transición y la Constitución de 1978: el temor de unos y otros a la guerra civil y, en consecuencia, la decisión firme de hacer todo lo posible por evitarla. Y ahora, quizás estemos de nuevo en una situación en la que (pasado algún

tiempo que pudiera ser breve), todas las fuerzas políticas (y los ciudadanos que se sienten representados por ellas) terminen por comprender que efectivamente tienen algo muy importante que perder, y que para evitarlo no queda otro remedio que hacerse concesiones mutuas: que reformar la Constitución. O sea, el caos que se avecina (que ya está aquí) es posible que sea un desencadenante para que se cree la conciencia de que vivimos un momento hobbesiano. ¡Hay que desear que sea así!

[Fuente: **Información** de Alicante]

28/10/2017

**Eberhard Grosske**

**Catalunya será otro mazazo electoral para Unidos Podemos**

Unidos Podemos está gestionando muy mal su papel de “tercera vía” en el conflicto catalán y, si esto no se corrige, puede ser un nuevo mazazo a nuestras ya menguantes expectativas electorales .

Los conflictos nacionalistas polarizan mucho a la opinión pública y dejan poco espacio para las terceras vías salvo que cumplan dos requisitos esenciales:

1. - Aparecer como un elemento superador de la dinámica bipolar.
2. - Aparecer como el portaestandarte de una solución al problema positiva y practicable.

Lamentablemente, nuestra posición está muy lejos de cumplir cualquiera de los dos requisitos.

UP combina la voluntad de que Catalunya no se separe de España con el derecho a decidir. Se trata de dos elementos programáticos diferenciados respecto a otros partidos y muy defendibles. Sin embargo, cuando desarrollamos estos principios programáticos en una propuesta política concreta fallamos estrepitosamente: no somos rigurosos en el análisis, no somos capaces de trazar una hoja de ruta sólida, razonable y atractiva e, incumpliendo el primero de los requisitos anteriormente expuestos, aparecemos orbitando en torno a una de las partes en conflicto.

Algunos ejemplos de esto último:



a) Acertamos cuando dijimos que el referéndum del día 1-0 no era garantista ni válido... pero nos equivocamos al decir que, a pesar de eso, se tenía que ir a votar. Un malabarismo incomprensible para la gente normal **y que ya tuvo ocasión de analizar.**

b) No queremos la independencia pero participamos en el mitin de fin de campaña organizado por el conjunto de los independentistas, otro elemento político no menor y también muy difícil de entender

c) Hemos sido hipercríticos con el inmovilismo político y la falta de diálogo del gobierno del PP –con toda la razón– pero no hemos sido igualmente críticos, ni de lejos, con un “procés” hecho a medida de los intereses políticos de sus impulsores y que muchos sabemos, desde hace tiempo, **que no tiene ninguna viabilidad .**

No. Nosotros no aparecemos como una tercera vía ni tenemos autoridad para protestar contra el choque de trenes porque, de hecho, viajamos en uno de los trenes, aunque sea incómodamente instalados sobre el techo de los vagones.

¿Por qué? Pues por algo tan pedestre y tan de vieja política como intentar contentar al sector de nuestro electorado en Catalunya (minoritario pero significativo) que apuesta por la independencia.

En todo caso, el incumplimiento del primero de los requisitos citados al principio *–aparecer como un elemento superador de la dinámica bipolar–* influye poderosamente en el incumplimiento del segundo: *aparecer como el portaestandarte de una solución al problema positiva y practicable.*

En efecto, si abrimos el maletín de las soluciones que trae consigo Unidos Podemos encontramos dos únicos elementos: las apelaciones al diálogo (que todos reivindican aunque pocos lo practican) y un referéndum pactado. Poco bagaje para un problema tan complejo.

Ciertamente, el referéndum pactado es una propuesta incontestable e hiperdemocrática... pero hay que tener el valor de decirle a la gente la verdad (se supone que la verdad es revolucionaria) y explicarle que el referéndum pactado, a corto y medio plazo, es una solución inviable.

¿Por qué? Pues porque, nos guste o no, la Constitución Española (y esto nos diferencia de Gran Bretaña o Canadá) es una Constitución que excluye taxativamente cualquier proyecto secesionista y que, además, en éste y en otros temas (no en todos) es una Constitución muy difícil de modificar porque requiere amplísimas y reiteradas mayorías políticamente imposibles en estos

momentos. Dicho en otras palabras, con la actual Constitución, el Gobierno del Estado no podría pactar un referéndum de secesión de ninguna comunidad del Estado... ¡aunque tuviera la voluntad política de hacerlo!

A corto y medio plazo, sólo queda, pues, la otra vía, la que ha ensayado Puigdemont: la ruptura con el orden constitucional ya sea en Catalunya o en el conjunto del Estado. El problema –por no entrar en disquisiciones que nos llevarían muy lejos– es que esta vía tampoco es practicable a corto y medio plazo porque requiere niveles de movilización y consenso social mucho mayores de los que existen actualmente en Cataluña (por eso fracasará el gobierno Puigdemont) y, ya no digamos, en el conjunto del Estado.

Por tanto, el maletín de las soluciones de Unidos Podemos está vacío en la práctica.

*- Pues vaya mierda, no?*

No, no es una mierda, se llama REALIDAD, se llama correlación de fuerzas, y cualquier revolucionario que opte por métodos democráticos ha de tener el valor de afrontarla.

Lo revolucionario no es construir relatos atractivos pero fantasiosos, proponer avanzar por vías impracticables o plantear soluciones imposibles: lo revolucionario es encontrar la manera de hacer posible mañana lo que es imposible hoy.

Unidos Podemos debería tener el valor de hacer lo siguiente:

- desmarcarse, de verdad, de ambos trenes.
- explicar que la independencia ni es nuestro proyecto ni es un objetivo factible en estos momentos.
- apostar por la convocatoria de elecciones en Catalunya y en España (Rajoy derrotará a Puigdemont pero perderá la posibilidad de aprobar los presupuestos del 2018).
- arremangarse para tejer alianzas políticas y promover la movilización social en torno a la reforma de la Constitución, la mejora del Estatut y la superación de la catástrofe que supuso la Sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut del 2006 (por citar sólo lo que hace referencia a Catalunya).

Soy muy consciente de que la derrota del “procés” va a dificultar la culminación de estos objetivos porque, tras la derrota, una parte de la sociedad catalana se instalará en el desánimo y otra parte se instalará en una radicalización estéril. Pero esta también es la realidad con la que tendremos

que bregar.

Debemos hacerlo porque es imprescindible, porque es coherente y también, claro está, para evitar la amenaza del descrédito y la progresiva decadencia electoral de nuestro proyecto.

[Fuente: [blog personal de Eberhard Grooske](#)]

13/10/2017